



BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

COLEGIO DE LINGÜÍSTICA Y LITERATURA HISPÁNICA

ANÁLISIS HERMENÉUTICO DE LOS PERSONAJES FEMENINOS EN CASAS
VACÍAS DE BRENDA NAVARRO

Tesis

Para obtener el grado de
Licenciada en Lingüística y Literatura Hispánica

Presenta:

Fátima Vargas Loya

Directora:

Nancy Granados Reyes

Marzo 2025

Índice

Introducción	1
Capítulo I: Brenda Navarro y la Génesis de las Casas	3
1.1 Sinopsis de la obra.....	5
1.2 Crítica y recepción de la obra.....	7
1.3 Contemporáneas (os) a Brenda Navarro.....	11
1.4 Lo que se ha dicho sobre Casas Vacías.....	12
Capítulo II: Una hermenéutica hacia las Casas	27
2.1 Hermenéutica analógica.....	33
2.2 Perspectiva de género.....	37
2.3 Ideal de la Maternidad.....	44
Capítulo III: Forma y contenido de las Casas	53
3.1 Los símbolos en las Casas.....	60
3.2 Las Casas Vacías y la soledad.....	65
3.3 Madre de Daniel: Madre del desaparecido.....	69
3.4 Madre de Leonel: Madre raptora.....	77
Conclusiones	90
Bibliografía	93

Introducción

El trabajo de investigación que aquí se presenta, realiza un análisis hermenéutico de los personajes femeninos de la novela *Casas Vacías* (2019) de la escritora mexicana Brenda Navarro. Específicamente de las protagonistas que fungen el papel de narradoras de la obra desarrollada en tres partes. Este trabajo se basa en la hermenéutica analógica, una teoría de interpretación de textos propuesta por el filósofo mexicano Mauricio Beuchot en su obra *Hermenéutica Analógica, Historicidad y Filosofía* (2013). Esta herramienta metodológica es eficiente para las problemáticas recientes que tienen que ver con el pensamiento, ya que esclarece la exégesis histórico-social y supera el relativismo, por lo que conduce satisfactoriamente esta investigación en pro de dilucidar la identidad de los personajes femeninos de la novela.

A su vez, utilicé el enfoque metodológico determinado por José Antonio Serrano Segura en su artículo “El comentario de textos literarios” (2003), en función de la estructura de forma y contenido del texto, así como las definiciones recopiladas en el *Diccionario de Símbolos de Jean Chevalier* (2003), para enriquecer mi propuesta de interpretación.

Conjuntamente se complementa este análisis con el enfoque teórico de perspectiva de género, para abordar la vivencia de las mujeres desde su condición de oprimidas, con las limitaciones y expectativas determinantes de la existencia femenina, a partir de la clasificación establecida por la antropóloga e investigadora Marcela Lagarde y de los Ríos en su libro *Los cautiverios de las mujeres. Madresposas, monjas, putas, presas y locas*. (1990) al igual que las reflexiones de la autora Silvia Tubert, que integran el libro *Figuras de la Madre* (1996).

Esta investigación propone una interpretación que desentraña las características, los rasgos lingüísticos, los significados subyacentes de los símbolos y las contradicciones que construyen la identidad de los personajes femeninos protagonistas que se complejizan a través de los roles de género en los que están inmersas. Ya que estos personajes femeninos sin nombre representan un reflejo de la condición actual de la mujer, así como una profunda crítica a las estructuras dominantes que limitan la experiencia femenina, también se interpretan las dinámicas de poder, los afectos, y deseos que configuran su autopercepción y sus relaciones humanas.

Capítulo I

Brenda Navarro y la Génesis de las Casas

Debo dar inicio a este análisis con una breve biografía de la autora, para localizarnos contextualmente frente a la obra. Brenda Navarro es una escritora mexicana, nacida en Ciudad de México el veintiséis de febrero de mil novecientos ochenta y dos. Actualmente reside en Madrid, España. Estudia Sociología en la Universidad Nacional Autónoma de México, para después especializarse en Economía con perspectiva de género por la misma universidad. Navarro llega a España en dos mil quince y continua su formación profesional en Barcelona, donde hace un máster en Estudios de Género, Mujeres y Ciudadanía en la Universidad de Barcelona. En dos mil diecinueve se traslada a Madrid, donde trabaja en una fundación relacionada con cuestiones de migración. La autora de *Casas Vacías* (2019) y *Ceniza en la boca* (2022), después a desempeñar su labor como redactora, guionista, reportera y activista en derechos humanos, funda #EnjambreLiterario, un proyecto que promueve la difusión de la literatura contemporánea, especialmente para las voces femeninas, vigente desde dos mil dieciséis hasta el dos mil veinte.

En una entrevista a Navarro para el podcast “Hablemos Escritoras” comenta sobre la motivación para la creación de este concepto: “Enjambre surge primero de la necesidad de creer que las redes de mujeres tienen que seguir siendo visibles. Las mujeres hemos sobrevivido a lo largo de toda la historia justamente porque sabemos hacer redes, pero no lo contamos demasiado y me parece importante no perderlo de vista...” (23:47). Para la autora, la colectividad es imprescindible para conocer nuestras necesidades. Navarro puntualiza que “Debemos empezar a saber realmente si lo que necesitamos es este famoso cuarto propio o romper el cuarto propio y sentarnos todas”. (25:14)

Al comienzo de su carrera como escritora incursiona como cuentista, de esta manera participó en las antologías: *República de los lobos: Antología del cuento mexicano reciente* (2015) y *El último apaga la luz: Antología de alumnos de la escuela de escritores SOGEM-Puebla* (2011). La autora comparte para “Hablemos escritoras” su origen como novelista a causa de probarse a sí misma y su capacidad para producir una obra literaria más compleja; así surge la primera versión de *Casas Vacías* en dos mil trece, cuando aún vivía en México. En un contexto de la “no guerra” contra el narcotráfico en el país, como lo llama ella, fue testigo de los síntomas de una lucha sanguinaria constante, como ciudadana mexicana que podía notar cómo las familias eran amputadas por los grupos delictivos o el Estado; su experiencia sirvió de inspiración para construir la historia de su obra debut.

Para el año 2015, ya situada en España, terminó el borrador y tuvo una cita con un editor que le dijo que no, pero esto no la desmotivó pues siguió trabajando la novela. Posteriormente le propuso la publicación a *La Kaja Negra*, un sitio online especializado en derechos humanos y periodismo, y se llevó a cabo en el 2018.

Debido al *boom* por la recomendación de las lectoras, además de la reseña de Fernanda Melchor que fue decisiva para su lanzamiento en México, dicho por Navarro en una entrevista para *WMagazín*, es que finalmente, *Casas Vacías* se publica en 2019 por la editorial Sexto Piso.

Cabe resaltar que la autora ha decidido mantener su vida personal en privado, posiblemente por lo dicho por ella en una entrevista para *La Nación*: “No estoy interesada en hablar de mis experiencias, prefiero mil veces la ficción”. (Gigena) Dicho lo anterior, me gustaría rescatar la autopercepción de la autora cuando le preguntan “¿Quién es Brenda Navarro?” en “Hablemos escritoras”:

Yo creo que Brenda Navarro es una persona que ha venido a este mundo a estar incómoda todo el tiempo. Creo que desde pequeña me he sentido muy incómoda con cómo está funcionando el mundo y eso me ha hecho querer observar y creo que quizá por ahí podría decir que soy una observadora, que le gusta tratar de pensar cómo vive la gente, por qué hace la gente lo que hace y darle una justificación para mí misma. es decir, tratar de encontrar la nobleza en las personas. (3:02)

A partir de sus propias palabras, se define como una escritora que, por su formación sociológica o por su empatía nata, observa al entorno que la rodea desde una óptica inusual para un mundo acelerado que no perdona la contradicción, ya que se niega a aceptarla como parte de la naturaleza humana y como fuente de la monstruosidad; aspecto que la escritora comenta que habita en cada uno de nosotros y no nada más en sus personajes femeninos.

I.I Sinopsis de la obra

La historia de la desaparición de Daniel y el nacimiento de Leonel. *Casas Vacías* (2019), es una novela que consta de tres partes que a su vez están divididas en dos narraciones diferentes, por voces de mujeres diferentes, madres diferentes, de un mismo hijo que se bifurca para caber en las proyecciones de ambas. Soliloquios introducidos y separados por fragmentos de poemas de la escritora polaca Wislawa Szymborska; aspecto que funciona como “eje rector” de la trama, en palabras de Brenda Navarro.

La obra inicia con la madre de Daniel contando los detalles alrededor de la desaparición de su hijo, un niño autista de tres años, cuando estaban de paseo en el parque y ella se encontraba divagando la tristeza de la despedida de su amante, mirando fijamente al celular. Con este trágico acontecimiento surge la segunda voz, la de la mujer que lo rapta para cumplir su anhelo imperante de convertirse en madre, rebautizando a Daniel como Leonel, y así llevarlo consigo a una vida totalmente distinta, aunque se tratara del mismo

espacio geográfico: Ciudad de México. Conocida por su grandeza territorial en la que coexisten realidades que se miran, pero no se tocan; hasta que una mujer desconocida irrumpe con una violencia casi imperceptible para robarse a un niño en un parque.

Las narraciones de estas mujeres madres son monólogos de una reflexión interna y solitaria sobre sus vidas, antes, con, y después de Daniel y Leonel. Las mujeres son innombradas en la obra, quizá para mostrarnos su reducción al papel materno que ejercen con la ambivalencia de quien no comprende muy bien si hace lo que hace por una decisión totalmente propia o influenciada estructuralmente, sin embargo, las acciones están ejecutadas y son sus consecuencias las que las acechan. Son ellas, estas mujeres, las que nos introducen en sus pensamientos y confesiones desde dos vertientes opuestas, marcadas por la clase social y la raza.

El relato de la madre de Daniel se alimenta del sentimiento de tristeza y ahogo que deja la desaparición de un hijo, para aferrarse a la voluntad castigadora de sobrevivir casi por inercia, pues no vislumbra la salida de la vida carcelaria que se ha construido. Así nos describe el pasar de sus días:

Entonces me obligo a dar los pasos. Báñate. Péinate. Come. Báñate, péinate, come. Sonríe. No, sonreír no. No sonrías. Respira, respira, respira. No llores, no grites, ¿qué haces, qué haces? Respira. Respira, respira. Tal vez mañana seas capaz de levantarte del sillón. Pero el mañana siempre es otro día y yo, sin embargo, vivía perpetuamente el mismo, pues no hubo sillón del que tuviera que levantarme.

(Navarro 18)

Esta primera narradora se asume como una “estafa de madre” tras la pérdida de su hijo y su incapacidad para ser madre de Nagore, la hija impuesta por Fran, su pareja, quien adoptó a su sobrina después del feminicidio de su hermana. Las ideas de esta madre fallida

se tambalean entre su deber ser como mujer, la sensación que deja la ausencia y la desesperación por deshabitarse, pues después de Daniel, se contempla como una casa vacía.

El relato se acelera con la entrada de la segunda narradora, su uso del lenguaje se recrudece y dinamiza con los lugares que recorre en lo que parece ser un barrio popular capitalino, y con el uso frecuente de la analepsis nos deja conocerla más allá del impulso secuestrador que la invade aquel día en el parque, por ello, sin absolverla de su crimen, podemos reconocer en su voz a la niña confundida por la violencia cotidiana de su contexto.

Esta mujer que busca la reivindicación de su linaje familiar a través de una nueva vida que pueda dotar de las cualidades necesarias para defenderse y sobresalir como no lo hizo ella. Envuelta en una relación abusiva con Rafael, su novio, quien la violenta de forma sexual, física, psicológica y económica, además de un pasado tortuoso, se reconoce determinada por su origen y naturaleza: “Y si sí es cierto que eres morena, pues ya te chingaste, te quedaste abajo, para que te pisoteen, ésa es la ley de la vida. Todo eso yo lo pensaba cuando me enojaba con Rafael, pero si no es con él, si no es aquí, ¿dónde?” (Navarro 50). Esa falta de opciones la llevan a tomar acción para encontrarse a sí misma en la maternidad robada, como último aliento de una esperanza maltratada.

La maternidad que conocemos como la cúspide de la existencia femenina, la reafirmación de la mujer feliz y la dulzura inmaculada de la vida, se transforma, en la prosa íntima de Brenda Navarro, en una tragedia que saca de su escondite al horror humano desatado ante el vacío, la soledad y las frustraciones.

I.2 Crítica y recepción

Casas Vacías (2019) es una obra debut aclamada por la crítica, misma que voltea a ver esta historia desde que fue publicada en 2018 de forma digital por el sitio online de

periodismo *La Kaja Negra*. El alcance de esta primera novela se considera un “fenómeno literario”, ya que su obtención gratuita logra una interacción muy orgánica entre las lectoras y lectores con la obra; el título de “fenómeno literario” es profundizado por la autora en el podcast “El Lector” donde explica su interés en ser leída de forma independiente debido a su postura ante las formas elitistas del mercado editorial, pensamiento consecuente con la creación de su proyecto #EnjambreLiterario mencionado anteriormente. Esta recepción grandiosa e inusual de una primera obra, además del acompañamiento de la reseña de una importante voz literaria contemporánea como la de Fernanda Melchor, logra su publicación por la editorial Sexto Piso en el 2019.

Por su carácter disruptivo de las nociones de una cultura mexicana donde la figura de la madre tiene lazos estrechos entre la religión católica, el hogar y la estructura social dominante, los titulares y reflexiones sobre *Casas Vacías* y la maternidad son abundantes. Tal es el caso del periodista Roberto Pliego, que escribe para Milenio lo siguiente:

En un país donde la figura materna ocupa altares y llama a golpear el pecho, donde una mentada de madre hace correr la sangre, Brenda Navarro no duda en desempeñar el oficio de francotiradora. No sólo toma distancia de sus personajes y sus prisiones sexuales y sentimentales sino que polemiza con la idea general de la mujer como víctima de los bajos apetitos masculinos. (Roberto Pliego)

La audacia literaria de la autora es enfatizada por los medios nacionales; existe un boom de una novela que sugiere la temática de la maternidad para abordar otro tema más desgarrador, como lo son las desapariciones en México, que al mismo tiempo expone las violencias de género experimentadas por las mujeres desde cualquier característica geográfica, de raza o clase social, sin que ello las exima de ejercer otros tipos de violencia

intragénica. Es sin duda un acontecimiento literario que se ha descrito y analizado de formas positivas, con vasta curiosidad.

La riqueza lingüística es otro aspecto que se ha elogiado de la obra, pues la estructura de tres partes divididas en las narraciones de dos personajes femeninos con diferentes vivencias que se turnan la cadencia narrativa, dota de precisión la prosa de la autora. Como lo explica Alejandra Alegría en su reseña para la *Revista Literaria Colofón*:

Navarro deshilvana la(s) maternidad(es) en un delicado equilibrio de crudeza y bondad. A través de un lenguaje agudo y preciso, da voz a dos mujeres sin nombre, diferentes en cuanto a clase y lenguaje, pero idénticas en su soledad. Con oraciones tan potentes como telegráficas, la autora nos asoma al interior de las casas vacías: estos cascarones de mujeres que nadie ha visto por dentro, porque a nadie le interesa. (Alegría 2020)

La madre biológica y la madre usurpadora convergen en la sensación de vacío; a pesar de la diferencia en sus voces, el ideal materno y los sentimientos románticos frustrados las colocan en un espacio lúgubre donde no se pueden reconocer como seres completos. Este rasgo pone en evidencia los sentimientos de desolación frente al fallo de las expectativas femeninas correspondientes a los mandatos sociales genéricos; cuestión observada y valorada por las lectoras que se sienten identificadas.

La temática de la maternidad es escasa en la literatura antes del siglo XX a la actualidad, y los referentes existentes carecían de buenas críticas como ocurrió con *Casas Vacías* (2019), posiblemente por su origen e introducción extraordinaria gracias a las nuevas formas de divulgación.

Andrea Nuñez Torrón comenta para el sitio web *Literaturbia*: “Nadie ha escrito de forma tan lúcida y punzante sobre la maternidad en los últimos tiempos como Brenda

Navarro. La autora mexicana ha publicado con la editorial Sexto Piso una primera novela llamada a ser sin duda uno de los mejores libros del año.” (Nuñez) Si algo es cierto, es la necesidad que se tenía de sujetas femeninas con vínculos maternos desde el ejercicio biológico de esta, como de sus diferentes manifestaciones. Nuñez agrega: “Es una novela inteligente, dura como una cuchillada, profunda y corporal.” (Nuñez). La novela de Navarro ha capturado el interés por su estructura bien ejecutada, pero también por las sensaciones que evoca en quienes la descubren.

Casas Vacías vino a recordarnos que ser madre puede ser un sueño hecho realidad, un posible destino, una exigencia social, o todo al mismo tiempo. El elefante en la habitación de las expectativas femeninas, se sienta y genera un sismo en el pensamiento, como expone Adriana Dorantes en su columna sobre la obra para el sitio web *El Tecolote*: “Cada que me pregunto si quiero tener hijos, la respuesta sigue siendo que no lo sé, y más bien se inclina a que no, sobre todo después de la sacudida que fue para mí *Casas vacías* de Brenda Navarro.” (Dorantes) Las resoluciones personales después de leer una obra son individuales, pero no podemos negar que hay un antes y un después de conocer a la madre de Daniel y a la madre de Leonel que trastoca nuestra visión de la maternidad.

De la novela se ha comentado numerosamente sobre la confrontación de la imagen dulcificada de la madre, aunque el tema principal para la autora sean los desaparecidos de México, dicho por ella en el podcast “Hablemos escritoras” (2019), un argumento que rescata Alejandra Alegría: “Sin embargo; la maternidad no es, ni de cerca, la única imagen del libro. Agazapado, como asomándose detrás de una piedra, irrumpe el horror de los desaparecidos. Se trata de una flecha que atraviesa al texto, como “los dardos que, aunque no pertenecen al tablero, llegan rápidamente y de forma agresiva a romper la normalidad”.” (2020) Las desapariciones son un miedo constante de los mexicanos, las despedidas no

aseguran el reencuentro; las cifras conocidas son terroríficas y las desconocidas espeluznantes. Es un acierto comentar la forma magistral en la que Navarro conduce este tema con un personaje que se libera de los juicios a los que normalmente someten a las y los desaparecidos.

La ópera prima de Brenda Navarro ha sido catalogada como brillante e incómoda hasta lo desgarrador. Críticos y lectores describen cómo han tenido que digerir la obra sin desplomarse en el intento; al igual que la madre de Daniel, la respiración es importante para llevar la lectura a término y no dejar solas a las mujeres que se vacían en esas páginas. Gracias a esta recepción es incuestionable su mérito acreedor de los premios “Tigre Juan 2020” y el “*English Pen Translation Award 2019*”.

I.3 Contemporáneas (os) a Brenda Navarro

Brenda Navarro, nacida en el año 1982, pertenece a una generación de autores y autoras nacidos en la década de los ochenta en México, los cuales han marcado una nueva etapa en la literatura contemporánea, destacándose por sus enfoques innovadores y diversos con temáticas sobre la identidad, migración forzada, narcotráfico, fragmentación social, etc. Estos autores crecieron en un contexto de cambio por la globalización dentro de una realidad marcada por la violencia, desigualdades económicas/sociales y avances tecnológicos; esto permea en sus temáticas, evidenciando dichas formas de violencia simbólica o física de una problemática estructural.

En su estilo se puede notar una experimentación lingüística, así como en la estructura narrativa; introducen narrativas no lineales y una mezcla de géneros y formatos. La subjetividad y lo íntimo cobra relevancia, pues a pesar de que abordan temas sociales y políticos, hay una constante atención en las experiencias individuales; exploran la construcción de la identidad, el cuerpo, la consciencia y las emociones a través de la

ficción, sin perder de vista la complejidad del contexto social y cultural. Algunas de las y los autores de la generación de los ochenta son: Brenda Lozano, Fernanda Melchor, Laia Jufresa, Valeria Luiselli, Jazmina Barrera, Eduardo Ruíz Sosa, Roberto Wong, Manuel Iris, Daniel Saldaña París y Alaíde Ventura, por mencionar algunos.

1.4 Lo que se ha dicho sobre Casas Vacías

El propósito de esta investigación es develar el conjunto de características y símbolos destacados en la configuración de los personajes femeninos protagonistas en la novela *Casas vacías* (2019) de la autora mexicana Brenda Navarro. Los elementos que componen las personalidades complejas de las sujetas serán analizados desde la teoría de la hermenéutica analógica, por lo tanto, es importante resaltar como antecedentes a aquellos trabajos de investigación que han mencionado la existencia de los objetos reveladores de la emocionalidad de las madres, y las circunstancias que las atraviesan desarrollando dichas emociones problemáticas. En primer lugar, añado el artículo “Violencia inter e intragenérica en Casas vacías, de Brenda Navarro” (2022), donde su autora, Cándida Elizabeth Vivero Marín explica que:

Convertidas en madres de un mismo hijo (llamado primero Daniel y rebautizado después con el nombre de Leonel), ambas mujeres transitan por el dolor de la pérdida, puesto que, al final, el niño vuelve a ser separado de las manos de su secuestradora para desaparecer por completo. De Daniel/Leonel sólo queda el recuerdo de su existencia en la memoria de las dos mujeres y en los objetos infantiles que son guardados como un gran tesoro por ambas. (95)

Las madres de Daniel y Leonel van a sufrir su pérdida en diferentes momentos de la narración; la evocación de los recuerdos con el hijo serán acompañados por los objetos que compartirán con él, de esta forma se aferran a lo que tienen a su disposición física como consuelo, pero también como una alusión a la culpa. Posteriormente, en este trabajo, también se aborda la carga que tienen los espacios donde se hizo presente la violencia, tal es el caso del lugar donde ocurrió la muerte de Amara (madre de Nagore) en manos de su pareja y que abre paso a la maternidad impuesta por el pacto unilateral de la pareja de la protagonista:

Ante este escenario, podemos decir que la violencia feminicida no conoce fronteras, pues tanto la pareja de la protagonista como su familia son españoles y el hecho sucede en España. Por tal motivo, es viable considerar que la autora ha colocado en territorio extranjero esta forma extrema de violencia contra las mujeres, con la finalidad de remarcar el sentido universal que tiene... (96)

De este modo, España se vuelve un espacio violento en el imaginario de la protagonista y afectará parte de su identidad, como el lugar en donde se volvió madre dos veces, de Daniel y Nagore. Será importante esta consideración, así como la de las otras violencias que atraviesan a las madres y que se retoman aquí como “violencia intergeneracional”: “Disponer del cuerpo de las mujeres, decidir sobre sus vidas, imponer la voluntad masculina por encima de los deseos de ellas y, en fin, todos esos actos que implican tomar decisiones por encima del parecer de las mujeres, son también formas no verbales de violencia” (99). Vivero contempla esta disposición del cuerpo como un acto de violencia de Fran hacia la madre de Daniel al someterla a una maternidad no deseada con la

adopción de Nagore. Al mismo tiempo, la madre de Leonel vive una violencia explícita, también retomada por la autora: “Sumergida en su propia fantasía, la coprotagonista espera que frente al inminente hecho de convertirse en padres, la pareja cambie su actitud hacia ella y termine por apreciar no sólo el esfuerzo que ella ha hecho para que su familia sea una realidad, sino que también la violencia física y psicológica disminuya.” (98)

Para las nociones de espacio, cuerpo y afectividad se cuenta únicamente con un trabajo de investigación, el artículo titulado “Espacio, cuerpo y afecto en Casas Vacías de Brenda Navarro” (2023) de la autoría de Cesare Gaffurri Oldano. Aquí se conceptualiza el espacio, cuerpo y afecto como aspectos que coexisten tanto en los personajes literarios como en la vida real. De este modo, el autor explica brevemente cómo la corporalidad se vuelve espacio y con ello se dota de afectividad:

En este punto, quiero traer a la discusión la forma en cómo el cuerpo femenino se vincula en el espacio público (la calle) y el espacio privado (la casa), porque no sólo las emociones están vinculadas con ciertos territorios, sino que hay ciertas jerarquías que también determinan la manera en cómo las mujeres interactúan con ese entorno. No en balde, la autora propone pensar el espacio desde el miedo y la violencia, demostrando así que la relación de poder entre los cuerpos que habitan el espacio está mediada por el mandato patriarcal que a través de su violencia y jerarquía controla y desafía las normas del género. (54)

Lo femenino se ha relegado por siglos a la esfera de lo privado, siendo la casa un lugar cargado de la efectividad materno-filial que se espera que no salga de allí. Tanto la

calle como espacio del acontecimiento violento del secuestro y la casa como espacio privado donde las sujetas depositan su consciencia, pero también experimentan violencia genérica; son atmósferas donde los cuerpos se reconocen y se nombran. Los personajes femeninos también se asumen como espacios que asocian:

Volvamos a la novela con un par de ejemplos para ilustrar lo dicho anteriormente: “Aunque en ese tiempo supe que no era yo la que habitaba este cuerpo, sino que era un contenedor, una especie de patio vacío que le llegaban los ruidos ciudadanos a lo lejos. La casa vacía jamás habitada y lúgubre aunque con estructura fija” (Navarro 114). Véase la forma en la que se piensa el cuerpo: *contenedor*, *patio vacío*, *casa vacía con estructura fija*, es un espacio intensivo. Es un lugar que está potenciado, que está vaciado, que está desacomodado no sólo de sí, sino de las propias normas sociales y médicas. (55)

La autopercepción que tiene la madre de Daniel, de su cuerpo como objeto (contenedor) y como espacio (casa vacía), son parte importante de su personalidad atravesada por los mandatos sociales y las perspectiva en la que se coloca frente a ellos. De igual modo, este aspecto se tomará en cuenta para desasarrollarse minuciosamente en la interpretación detallada de las sujetas.

Respecto al silencio que permea en gran parte de la obra, se cuenta con un artículo que profundiza en su función, este es “Aparecer lo desaparecido. El silencio en *Antígona González* de Sara Uribe y *Casas Vacías* de Brenda Navarro” (2022) de Gabriela Trejo Valencia. En este trabajo se plantea el silencio como una forma de manifestar la presencia

del hijo que es sustraído de la madre, emulando el silencio pactado por la condición autista de este:

Pese a sus diferencias, estas dos mujeres quedan unidas por la desaparición y las decepcionantes experiencias en torno al mismo hijo. Y es que, en ambos casos, el último silencio del niño sólo profundizó la sensación de agobio ya desencadenada por los periodos de mutismo de un niño autista a quien nunca lograron entender. Esos primeros silencios alimentaron la incompreensión entre ellas y el niño, por eso, cuando finalmente alguien se lo roba, prefieren callarse para apaciguar sus faltas. (86)

La madre de Daniel y la madre de Leonel convergen en el silencio culpabilizador de la maternidad fallida ante el hijo autista que no comprenden; así como en la categoría de madres fallidas por ser desprendidas de la maternidad de la que estaban arrepentidas. Sin embargo, no lo enuncian, si no que dejan que el silencio se encargue de significar lo que sienten ante los demás. Hay una reafirmación de la falta de identidad con el silencio. Más adelante la autora explica esta pérdida de identidad tras el nacimiento y desaparición de Daniel, como una suerte de objeto, de recipiente:

Hablamos de una doble imposición debido a que la madre biológica nunca estuvo segura de tener a Daniel, más bien se sintió orillada a hacerlo para alejarse de su amante con el pretexto de que gracias al niño tendría una vida familiar convencional. Lejos estaría de imaginarse que ser la madre de Daniel, primero iba a restarle prioridad a su propia persona, y luego su ausencia iba a convertirla en un recipiente vacío. (88)

La existencia de la madre queda suspendida en una sólo prioridad, la de los hijos. Sin Daniel, esta falta de identidad/propósito no tiene justificación y tampoco se deja de ser madre, es entonces que las ausencias vacían los cuerpos que antes tuvieron una razón de ser en el otro o los otros.

El siguiente texto pertinente para este apartado, tiene que ver con la representación de la mujer criminal en la literatura, siendo este “Monstruos, putas o víctimas. La representación literaria de la mujer criminal en dos autoras mexicanas contemporáneas: Brenda Navarro y Norma Lazo” (2023) de Ana María González Luna. En su trabajo de investigación la autora señala que las mujeres criminales son juzgadas bajo una óptica genérica, pues no se concibe que la feminidad esté asociada a la crueldad. Entonces, cuando se les juzga, se les impone una carga de estereotipos que las desnaturalizan, sin un acercamiento correcto al trasfondo de sus acciones, poco estudiado en contraste con los crímenes masculinos que no se mitifican. González Luna planea que las representaciones literarias son una oportunidad para contemplar un panorama más amplio de la mujer criminal: “Porque la creación literaria permite metaforizar y pensar la condición humana de otra manera; ver la realidad desde una perspectiva distinta. No es la verdad objetiva lo que busca, sino la que está escondida en los pliegues de la condición humana, habitada por sentimientos y emociones, por sueños y miedos, por el dolor.” (65)

Del mismo modo que en la teoría de la hermenéutica analógica que me compete, lo que se busca no es lo meramente racional, ni lo subjetivo, sino un punto intermedio que comprenda todos los componentes literarios, para alcanzar otro tipo de interpretación, con el fin de valorar la complejidad de los personajes, como en el caso de la criminalidad en lo femenino que la autora analiza:

Es lo que sucede en *Casas vacías* de Brenda Navarro y en los tres cuentos de *Medidas extremas* de Norma Lazo, donde la literatura siendo un espacio en el cual no hay verdades absolutas, permite imaginarnos de otra manera, indagar en los motivos oscuros del acto criminal abriendo pistas interpretativas inéditas. Se trata de relatos que trastocan el papel de la mujer en nuestra sociedad. La brutalidad de estas mujeres forma parte de la condición humana y parece tener la intención de provocar una ruptura en el sistema, de molestar la quietud de lo socialmente ordenado, equilibrado, seguro. (78)

Personajes como la mamá de Leonel que impulsada por el deseo obsesivo de ser madre comete un crimen, o la mamá de Daniel que en sus reflexiones admite lo imperdonable en el imaginario de la maternidad, se convierten en una alteración de la feminidad normativa. Se trasgreden los modelos estereotípicos del orden dominante.

Siguiendo la línea de trabajos de investigación que hacen mención del espacio como un reflejo del cuerpo y los afectos, tengo que resaltar la única tesis de la novela que aquí se menciona, lleva por título *Violencia y maternidad en Casas vacías de Brenda Navarro* (2023) de Ana Luisa Jacinto Rojas para la Maestría en Literatura Hispanoamericana por la Universidad de Guanajuato.

De este extenso análisis de la obra, rescato algunos fragmentos breves sobre lo dicho antes, donde la autora expone: “Daniel termina siendo, para la sociedad, “nadie”, un número más entre los muchos desaparecidos; pero como ella es su madre, como no puede soltarlo, entonces convierte su casa en un lugar donde nada cambia” (72). Ciertamente, la

madre de Daniel se vuelve un ente de que vela recelosa los recuerdos de su hijo, rescatando el último movimiento de aquel fatídico día. Por su parte, la madre de Leonel también se ve recluida al espacio reducido de su casa, ya que el exterior le parece arriesgado: “La mamá de Leonel, frente a una relación tan poco recíproca y al niño a quien cuida, se ve impuesta a la soledad.” (83). La soledad, el silencio, el arrepentimiento y la culpa son los otros espectros que hacen eco en la casa de ambas.

Estas madres no son las únicas que se han visto obligadas a estar en casa para poder ejercer el ideal de la maternidad, pues es una constante al instaurarse la feminidad en el espacio privado:

Por eso, la figura de la madre ha tenido un papel muy significativo a nivel simbólico porque, el papel de las mujeres=madres es materner, criar y proteger desde el interior, habitan su casa y desde allí se le da un lugar, *ergo*, podría decirse que la casa funciona como un espejo de su cuerpo que otros habitan, crecen en ellas y se van o la abandonan cuando se hacen. Lo suficiente mayores o se casan. (93)

Sin embargo, en el caso de las madres de Daniel y Leonel, la noción de la casa como espejo propuesta por Jacinto Rojas se convierte en una reminiscencia de los errores allí contenidos. La casa y el reflejo del espejo deja ver una versión de la mujer que no alcanzó sus expectativas maternas.

Como se ha señalado anteriormente, las líneas que se borran con la maternidad son las de la identidad, esto lo retoma y ejemplifica Leonardo Loayza en su artículo “Maternidad no normativa, violencia y desapariciones forzadas en Casas vacías de Brenda

Navarro” (2022). Cuando la madre de Daniel regresa a México con una nueva familia compuesta por Fran, Nagore y Daniel; su suegra le dice que cuide bien de los hijos que le han regalado sin saber que la idea aterra a su nuera:

Mientras para la madre de Fran la maternidad es un obsequio, la mujer acomodada la considera una carga que le produce temor. Quizá la explicación a esta perspectiva radique en la manera cómo este personaje entiende la relación que existe entre la mujer y la maternidad. Para ella, esta última es una especie de imposición biológica, en la que la mujer asume el papel de espacio natural para engendrar vida, un simple objeto que permite conservar la existencia

La maternidad vista como obsequio de forma tradicional, se vuelve obsoleta frente a la maternidad vista como imposición biológica, criticada por la madre de Daniel a lo largo y ancho de sus pensamientos temerosos y ambivalentes, reafirmados de inmediato con su propia experiencia:

Un ejemplo de esta situación se presenta cuando en la novela, apenas se produce el parto de la mujer acomodada (un parto arduo y complicado), Fran la visita, pero no para enterarse por su estado de salud, sino que va porque el recién nacido, Daniel, debe tomar su leche. El esposo le dice: «tienes que cuidarte, el bebé te necesita» (Navarro, 2020, p. 83). Desde esta óptica, la mujer solo tiene importancia, porque sin ella el nuevo bebé no podría sobrevivir. Se remarca así su naturaleza de individuo social encargado del cuidado de los demás.

La normalidad con la que las personas desplazan los afectos de la mujer para imponerle como prioridad los afectos y necesidades del nuevo ser, hacen que sus miedos sobre la pérdida de sí misma se vuelva realidad, generando conflictos existenciales en un momento vulnerable de su nueva configuración femenina: La de la “mujer completa” ante la sociedad.

Por otro lado, la promesa de una vida mejor a través de la maternidad es abordada por Victoire Legrelle en su investigación “Para una lectura sociocrítica de la maternidad en la literatura latinoamericana contemporánea, El juego con los estereotipos maternos en *Matáte amor* (Ariana Harwicz, 2012), *La perra* (Pilar Quintana, 2019) y *Casas vacías* (Brenda Navarro, 2020)” (2022). Sobre los cuestionamientos a la calidad de vida de la madre de Leonel se pueden decir muchas cosas, pero una que nos hace empatizar con este personaje es su intento por salir del bucle de violencia que la envuelve desde que fue procreada. Legrelle dice que:

Para Damaris y la aspirante a madre de *Casas vacías*, en efecto, la maternidad representa una vía de escape y la promesa de una vida mejor. Para la primera, los cuidados maternos permitirían darle la vuelta a una vida pautada por dramas y dolores; para la segunda, la condición materna se acoge como la oportunidad de resignificar la propia experiencia fuera de los esquemas perpetuados por generaciones femeninas. En la maternidad, pues, ambas proyectan la posibilidad de poner coto a los determinismos socioeconómicos y a la violencia que condicionan su existencia. (56)

El linaje de la madre de Leonel está compuesto por generaciones violentas, por lo que ella clama la oportunidad de repararse a través de una nueva vida. Legrelle habla sobre el sentimiento de insignificancia “En ambos textos, la maternidad revierte así el sentimiento de insignificancia social de las protagonistas en anhelo de emancipación personal a través de un cuerpo en el que se proyecta la felicidad negada. Por el hijo transita la oportunidad de eludir las dinámicas de reproducción social a las que astringe la posición socioeconómica...” (56). Un hijo es visto como la oportunidad de romper patrones de conducta que han sido heridas profundas en las sujetas y les han limitado el potencial personal. Podría no ser correcto generar estas expectativas, sin embargo, es un ideal recurrente en las sujetas que ha sufrido el determinismo socioeconómico.

Igualmente, en el trabajo de investigación “Maternidades disidentes en la narrativa mexicana actual: Análisis de Casas vacías (2019) de Brenda Navarro y La hija única (2020) de Guadalupe Nettel” (2024) de Carla María Juan Beneyto, se reafirma la promesa de la maternidad feliz y su fracaso inminente:

Al cabo, todas las infaustas circunstancias de esta mujer han hecho estallar por los aires la promesa de maternidad feliz que el ideario social le había prometido, empezando por lo traumático de su embarazo, pasando por la dificultad de criar a un niño con autismo, la culpa de haberlo perdido, la difícil relación con la otra hija-sobrina y llegando al tumulto de sentimientos tan contradictorios como lacerantes que todo ello ha despertado en ella, haciéndola oscilar entre el desconsuelo y el alivio. La mamá de Daniel es una casa vacía, y ella y su pareja se han convertido en “dos contenedores vacíos que han sido deshabitados para siempre” (137) (81)

Este conjunto de sucesos desafortunados rasgan las vestiduras del ideal de maternidad que promete una estabilidad personal, familiar, económica, social y romántica. Es la fantasía de atravesar la maternidad, como promesa de felicidad y estatus, una de las mentiras mejor veladas por el orden social dominante, ya que implica una prolongación de las jeraquías del poder patriarcal. Tanto para la madre de Daniel, como para la madre de Leonel, significaba una apuesta por el todo o nada, la segunda con más esperanza que la primera: “La hija como puerta de salida al laberinto de la violencia, como palimpsesto sobre el que reescribir la propia vida.” (Beneyto 86).

La promesa de la maternidad feliz no se ha instaurado gratuitamente, como mencioné anteriormente, responde a una construcción social configurada desde el discurso patriarcal. Para ello, es relevante mencionar el artículo “Ideología de la maternidad en la literatura y la sociedad” (2023) de la autoría de Carmen María Gallardo Ortega; en el cual se hace un breve recorrido histórico y literario para el rastreo del ideal de la maternidad, de esta manera plantea: “Desafortunadamente, hemos visto cómo desde el judeocristianismo, se ha construido un ideal materno patriarcal que ha sido reforzado con las ideas de Rousseau en la Ilustración y perpetuado por diversas políticas de varios Estados nación. La maternidad se ejecuta en la esfera privada, pero se diseña en la pública.” (124). Los anhelos maternos como la búsqueda de sentido y solución de la misma, tiene que ver más con lo social, que con biológico.

Las mujeres se convencen a sí mismas de un deseo de la maternidad imperante hasta comprobar lo contrario con la experiencia: “Cuando la mamá 1 recuerda que “me impuse ese deseo” se habla de una acción automodalizante social sobre la maternidad. Se impuso querer embarazarse. Con sus recuerdos a través de la enunciación, ella va a *reconocer* que

“a decir verdad no sentía (el deseo)”. La mamá 1 *despierta* de su propia automodalización para enunciar que ella no sentía eso.” (Gallardo 137). La acción de “imponerse el deseo” quiere decir que tomó la decisión consciente de querer embarazarse, a pesar de no sentir un deseo innato por ello. Esto confirma el conflicto entre las expectativas sociales sobre la maternidad y los deseos auténticos de las mujeres. A manera de transgresión de las figuras tradicionales de la madre, Gallardo indica: “En la novela, hay una desmitificación del ideal materno porque presenta dos maternidades atípicas: una madre que pierde a un hijo y otra que se lo roba. Consideramos que este tipo de relatos de ruptura y transgresión se han dado como resultado del discurso patriarcal en torno al ser madre que por años se ha impuesto.” (138). Debido a la falta de representaciones maternas en la historia, es que ahora existen personajes así de complejos exponiendo la realidad sin ningún tipo de censura.

La existencia de estos personajes femeninos narrando la maternidad en primera persona nos permite conocer las voces que denuncian frustraciones, síntomas y sentimientos acallados como la culpa. En el texto «Mujeres y Maternidades: “Perspectivas en Casas vacías, de Brenda Navarro” » (2023) su autora Ascensión Rivas expone estos aspectos adversos desde el análisis de la obra y destaca:

En la novela, la autora no desdeña poner el foco en todo aquello que normalmente no se cuenta de la maternidad, aunque existe en la realidad para frustración de las mujeres: la preocupación constante de una madre por el hijo, desde que llega a casa del hospital y vigila silenciosa su sueño, con miedo a que deje de respirar; las múltiples formas que adopta el dolor tras el parto (el dolor de huesos que queda tras haber parido, el dolor intenso de los entuertos tras el alumbramiento, el dolor de dar de mamar al niño); el

cansancio infinito de los primeros meses, cuando el bebé depende para todo de la madre y no la deja descansar; o el disgusto que se siente cuando el niño no se coge al pecho y sólo llora de rabia y desesperación. (133)

Las complicaciones fisiológicas tras el parto, forman parte de la realidad áspera en la que viven millones de mujeres en el mundo, aún así pareciera que no hablar de esto es un común acuerdo. Por ello, el enfoque de la corporeidad en las narrativas es una iluminación a lo que antes sólo se nombraba en el espacio privado.

En cuanto a la culpa, Rivas sugiere que la Madre de Daniel tiene sentimientos de culpa alrededor de las ideas de convertirse en madre, haber sido una “mala madre”, por tener un hijo con autismo, perder el amor de su pareja, tener un amante y también por dejar que se fuera, por no tener empatía, etc. Por su parte, la madre de Leonel también es señalada por la autora, por su relación con la culpa y su pasado con su hermano, la madre, el padre biológico, entre otras situaciones. La maternidad parece una enlazar una serie de culpas a lo largo de la vida de los hijos y la condición femenina que se modifica con esta etapa.

Finalmente, es pertinente agregar el artículo “Huir la madre: Maternidades desplazadas en Valeria Luiselli, Brenda Navarro, Gabriela Weiner y Daniela Alcívar” (2024) de Constanza Ternicier Espinosa pues hace mención del desplazamiento de la maternidad de los personajes femeninos protagonistas de la obra, hacia todas las maternidades nombradas:

Tal como sucedía con Luiselli, en la novela de Navarro también se propone un desplazamiento desde una sola maternidad hacia la de muchas otras

posibilidades. El punto de partida para emprender dicho movimiento metonímico es el juego de dobles entre las dos mujeres protagonistas. Luego, la historia también se extiende hacia otras mujeres que configuran un coro articulado por esta gran malla que es la maternidad. Tal genealogía de madres es definida a partir de sus hijos perdidos , sus hijos muertos, sus hijos asesinos o su falta de hijos, pero es dicho vínculo el punto de partida para cualquier intento de deconstrucción o resignificación en torno a la maternidad. (112)

Es importante tener en cuenta las diferentes maternidades que coexisten en la obra, para poder comprender cómo se desenvuelven los personajes femeninos protagonistas y el horizonte mental que tuvieron alcance al intentar estructurar sus ideas maternas para separarlas de sus deseos auténticos.

Por mi parte, en este estudio pretendo demostrar que la hermenéutica analógica es una teoría de interpretación de textos ideal, no sólo para dilucidar los aspectos más explícitos de los símbolos en la construcción de la identidad femenina en *Casas Vacías*, sino que también permite acceder a los significados ocultos o imperceptibles, ofreciendo una lectura más amplia y compleja de los personajes y sus dinámicas. Esta interpretación también permitirá abordar la tensión entre la representación literaria de las mujeres madres y la realidad social, mostrando cómo la obra de Navarro es un reflejo de las problemáticas y contradicciones que enfrentan las mujeres al intentar afirmarse como sujetos autónomos en un contexto de opresión sistemática.

Capítulo II

Una hermenéutica hacia las Casas

En este análisis de los personajes femeninos de la novela *Casas Vacías* (2019), utilizo a la hermenéutica como disciplina de interpretación, ya que ofrece un enfoque único para develar los significados profundos de una obra literaria. Por ende, en este apartado explico algunos aspectos fundamentales de la hermenéutica contruidos por sus pensadores más notables, y expuestos por Mauricio Beuchot, filósofo mexicano contemporáneo, en su libro *Hermenéutica Analógica, Historicidad y Filosofía* (2013)

Martin Heidegger, por ejemplo, presenta la hermenéutica como una vía para aproximarse a las cuestiones del ser y como una forma fundamental de la existencia humana. De Heidegger, Beuchot comenta sobre sus concepciones de conocer, comprender e interpretar; si bien conocer es una forma de estar activamente en el mundo, comprender es el proceso por el cual se llega a la interpretación, entonces se puede decir que:

Heidegger invierte el sentido o la dirección que usualmente se da a la hermenéutica, pues suele pensarse que primero se interpreta y luego se comprende, o que se interpreta para comprender; pero él considera que, dada la comprensión, la interpretación se añade para profundizar en ella, para elaborarla. Además, no se entiende aquí la hermenéutica como arte de interpretar un texto, sino de interpretar el ser mismo, concretamente el «ser-ahí». (Beuchot 61)

El desarrollo y configuración de la comprensión dará como resultado a aquella interpretación de cosas ya descubiertas de las que se tiene una concepción previa en el mundo. Es decir, la interpretación nos hará profundizar en la comprensión de los conceptos para otorgarle un sentido de acuerdo al “ser ahí” que propone Heidegger. Del “ser-ahí” Beuchot agrega que: “El «ser ahí» ve en torno suyo, es decir, ve su entorno, y lo interpreta.

Mas ya tiene, de antemano, una situación hermenéutica, una interpretación previa, y es precisamente anterior a la proposición, es pre-proposicional o pre-predicativo, como la *hermeneia* es anterior a la *apóphansis*.” (63). De esta manera, podemos decir que la interpretación del mundo no comienza cuando empezamos a poner en palabras lo que pensamos, sino mucho antes. El ser se encuentra inmerso en un contexto y un entorno que se interpreta previamente a cualquier formulación consciente o proposicional influida por nuestra experiencia.

Entonces, la hermenéutica analítica del “ser-ahí” que se establece a partir de lo postulado por Heidegger sobre el ser en el tiempo tiene que ver con:

La hermenéutica en la analítica del ser-ahí, como uno de sus existenciaris en *El ser y el tiempo*, no es tanto el arte de interpretar cuanto la interpretación misma y sus condiciones o supuestos. Tampoco es tanto la interpretación de un texto (escrito o hablado) cuando la interpretación del ser, de la misma facticidad. Igualmente, tampoco es el proceso por el que llegamos al comprender, sino el proceso que desarrolla el comprender, como si éste ya estuviera dado y solamente se elaborara y se perfeccionara. Implica sobre todo captar la situación hermenéutica del propio intérprete, es decir, sus preconocimientos. (Beuchot 69-70)

La hermenéutica, vista desde esa perspectiva, se orienta hacia los significados previos determinantes sobre cómo interpretamos nuestro entorno incluso antes de poder configurarlo con el lenguaje. Esta forma de entender la hermenéutica es relevante pues indica que la comprensión del mundo no es rígida, más bien es un proceso cargado de significados preconstruidos según las experiencias del horizonte que nos rodea.

Al llegar al final de las aportaciones de Heidegger a la hermenéutica, Beuchot puntualiza su crítica y dice: “Pero en todo esto volvemos a ver el ideal univocista (heredado del logicismo neokantiano y fenomenológico) de Heidegger. Tiende repetidamente a la univocidad, a una interpretación de la facticidad y a una autointerpretación del ser-ahí o del intérprete que le brinde una claridad demasiado pretenciosa.” (70). La univocidad, se apega a la precisión de un sólo significado, único y específico, por lo que no admite la multiplicidad de interpretaciones. El apego al ideal univocista se aleja de los valores de una hermenéutica analógica funcional que construye el autor de *Hermenéutica Analógica, Historicidad y Filosofía* (2013), y que profundizo más adelante.

Por su parte, el pensador Gianni Vattimo se decide por una hermenéutica basada en el pensamiento débil, y la introduce en diferentes espacios, tales como los de la política. La crítica del filósofo italiano al ser es crucial para la construcción de su propuesta, Mauricio Beuchot expone que:

Según Vattimo, caminamos hacia la aniquilación del ser, por muerte lenta; estamos en el proceso de debilitamiento del ser, y por eso mismo la hermenéutica tiene que concebirse y comprenderse como hermenéutica débil. Esta hermenéutica débil consiste en la no pretensión de una verdad textual, es decir, no se engaña pensando que va a llegar a una interpretación «rigurosa», «estricta» u «objetiva» del texto.
(75)

Esta perspectiva de la hermenéutica se aleja de las ideas de una interpretación rígida por la búsqueda de una verdad absoluta o definitiva, pues Vattimo asegura que el debilitamiento del ser es inminente; eso supone una diversidad de interpretaciones y el

debilitamiento en los significados y sentidos, ahora son cambiantes. Así Beuchot explica: “Por eso la noción de verdad que se tiene en la hermenéutica débil no es de tipo correspondentista, basada en la adecuación, sino tomada de la noción heideggeriana de la verdad como *aletheia*, como desocultamiento, como desvelamiento de algo que estaba encubierto y ahora se presenta a la luz. (75)”. La herencia de los ideales de Heidegger y Nietzsche sobre el fin de la metafísica en la era moderna, desemboca en una apertura a la interpretación y al conocimiento sin tantas pretensiones. Por ello, la verdad no es algo que se crea por correspondencia de signos o enunciados, si no que se revela lo que estaba oculto.

La liberación de las pretensiones y la apertura a los múltiples significados en favor de un desocultamiento de la verdad, tiene mucho que ver con la crítica que el filósofo hace al contexto moderno y el enmascaramiento a cargo de los medios masivos de comunicación; mismos que en la actualidad son responsables de la difusión de ideales irreales basados en un orden social dominante, con el fin de perpetuar la desigualdad en una sociedad dividida en géneros, aspecto que me compete para esta investigación.

La crítica que Vattimo hace a la sociedad y la cultura es que se trata de una sociedad de medios masivos de comunicación. Son estos *mass media* los que construyen la realidad; si puede hablarse de constructivismo, es el de los medios con respecto a la realidad el más literal y fuerte. Los medios masivos cumplen cabalmente lo que señalaba Nietzsche de la transformación de la realidad en fábula, del enmascaramiento de lo real. (Beuchot 78)

Los *mass media* se han encargado de crear una ilusión de la realidad, disponible para los consumidores, ya sea comercialmente, ideológicamente o ambas al mismo tiempo, lo que produce estragos en las percepciones, ya que las líneas de los escenarios prefabricados y los escenarios reales de la sociedad se han desdibujado.

Como dije anteriormente, la hermenéutica débil se introduce en la política, esto sucede al pensar en favor de la integración de la multiplicidad de voces, incluyendo a las menos favorecidas. Si antes la verdad era autoritaria y velada u oculta, esto la volvía elitista y alejada de la realidad contextual. Beuchot señala este vínculo y comenta:

Vattimo ha vinculado mucho su hermenéutica con la ética y, recientemente, con la política. Una hermenéutica débil favorece a los más débiles, esto es, a los marginados, a las minorías. Se coloca decididamente en el lado de la diferencia, lucha por ella en contra de la identidad que se manifiesta en nuestra época en la homogeneización que trata de hacer la globalización. (78)

En contra de los medios masivos de comunicación totalizadores del horizonte mental y de la unificación de una voz inamovible, la hermenéutica de Vattimo intenta hacerle frente a la globalización que busca imponer una verdad única que puede llegar a violentar a las diferentes realidades.

Posteriormente, Beuchot destaca los aportes del filósofo Jean Grondin, discípulo de Hans-Georg Gadamer, a quien le hace una biografía y una introducción a su pensamiento. Grondin acentúa las posturas de Gadamer y las comparte:

Asimismo, resalta la historicidad de la interpretación según Gadamer, es decir, la hermenéutica de la vigilancia histórica, que no es historicismo, y aleja además el fantasma del relativismo. Se da lugar importante al diálogo, con sus recursos argumentativos, como el de la retórica. Y se termina con una interesantísima idea de la hermenéutica como metafísica de la finitud. (82)

La postura de Gadamer y Grondin, respecto a historicidad de la interpretación se refiere a las expectativas y experiencias de las autoras, autores, lectoras y lectores; estas articulan el proceso interpretativo, ya que estamos influenciados por una historia y contexto. Además, el diálogo forma parte esencial del entendimiento porque permite la interacción entre las diferentes voces, como el encuentro del horizonte de quien interpreta «(lector (a))».

Con el texto mismo, enriqueciéndose mutuamente. Todo esto es importante en Grondin, pero sin caer en el relativismo, pues aunque se admite cierto perspectivismo o subjetividad, se debe evitar diluirse en ello. La intención de la hermenéutica es alcanzar una comprensión profunda, admitiendo la complejidad del conocimiento humano.

El último pensador que añade Beuchot es Maurizio Ferraris, filósofo contemporáneo que se declara heredero de Gadamer, pero con influencias de Heidegger en la antítesis entre la hermenéutica y la epistemología. Beuchot agrega que: “Aborda la concepción del método, sobre todo ante el fenómeno del pensamiento desconstruccionista. En él se pregunta por los fundamentos de esa nueva modalidad del pensar, ya que es acusada de arbitraria. Ferraris dice que no es arbitraria ni anárquica, sino que sólo sostiene que es imposible la adopción sistemática de un método.” (84). La teoría filosófica de

interpretación no puede limitarse a un sistema metódico único o lineal, sino que la interpretación es intervenida por aspectos como el contexto, la cultura, las experiencias o la localización histórica.

Beuchot señala un cambio reciente en el pensamiento de Ferraris hacia una ontología más tradicional, al preferir la verdad como correspondencia, lo que lo coloca del lado de los pensadores que defienden la prevalencia de la metafísica, : “En escritos más recientes, Ferraris se plantea un fortalecimiento de la ontología o metafísica, a través de la noción de verdad aristotélica, entendida como correspondencia, que aprecia más que la heideggeriana, como *alétheia*.” (89). Esta postura plantea que la verdad puede ser comprendida desde el realismo y la dimensión objetiva del mundo; de este modo busca recuperar y fortalecer la metafísica para la hermenéutica.

Después de este recorrido por los aportes filosóficos para el desarrollo de la hermenéutica, puedo concluir que ha sido dotada de diferentes elementos con el fin de mejorar su capacidad interpretativa, respondiendo a las necesidades cambiantes de los seres humanos. Las complejidades de la comprensión de nuestro horizonte han causado una constante confrontación entre la hermenéutica y la ontología o la metafísica, como lo registra Mauricio Beuchot, lo cual resulta interesante, pues promete seguir evolucionando.

2.1 Hermenéutica analógica

Por la complejidad de los personajes femeninos de la obra, necesito precisar la herramienta base que me ayuda a realizar un análisis vasto y significativo, por lo que además de los aspectos hermenéuticos señalados anteriormente, es pertinente el uso de la hermenéutica analógica propuesta por Mauricio Beuchot en *Hermenéutica Analógica*,

Historicidad y Filosofía (2013). El autor plantea: “La hermenéutica es la disciplina de la interpretación de textos, y la hermenéutica analógica pretende estructurar la interpretación con el esquema de la analogía, la cual es un modo de significar que se coloca entre la univocidad y la equivocidad.” (96). Este enfoque interpretativo se sitúa entre la pretensión de una claridad única (univocidad) y la ambigüedad u oscuridad de una significación alejada de los términos originales (equivocidad). Esta cualidad intermedia me ayudará a revelar los diferentes significados de los símbolos y características de los personajes femeninos sin caer en el exceso de lo literal o en el relativismo.

Esta disciplina de interpretación de textos se centra en el texto mismo, así la diversidad de sentidos se encuentran en el interior, por esta razón Beuchot explica lo siguiente: “Es interpretar un texto buscando la coherencia interna, una coherencia proporcional (sintaxis) entre sus elementos constitutivos. La analogía misma es orden, o el orden es analógico. Y la sintaxis es orden, coordinación. Pero la analogía no es un orden unívoco; tampoco es un desorden equívoco. Es un sentido analógico.” (92). El sentido analógico es aquel que se encuentra en medio de la univocidad y equivocidad, ya que admite la diversidad de interpretaciones pero sin caer en el relativismo extremo, más bien, dichas interpretaciones deber tener sentido. Entonces, los elementos que configuran la novela responden a una coherencia interna, el hallazgo de esta relación efectuará la labor de la hermenéutica analógica.

Además de la relación sintáctica, también me compete la búsqueda y comprensión de la relación semántica dentro del texto: “También es interpretar buscando la relación proporcional del texto con los objetos o hechos que designa (semántica). Es la correspondencia o adecuación entre el texto y el mundo que designa. Mundo, aquí, no necesariamente es realidad, sino que puede ser un mundo posible.” (Beuchot 92). El

vínculo entre los símbolos, objetos u hechos dentro de los posibles mundos dentro de la obra, es importante para encontrar diversas interpretaciones.

Por otro lado, un análisis hermenéutico se complementa con la apertura a un diálogo entre lo que propone la autora con la obra y la interpretación de las y los lectores de esta, Beuchot agrega: También es interpretar buscando proporcionalmente el uso del autor, su intencionalidad expresiva y comunicativa (pragmática). La lectura del intérprete debe ser proporcional (no unívoca, pero tampoco equívoca) a la escritura del autor. (92). La interpretación de un texto debe ser, en cierta medida, proporcional a la intención del autor (a) y a la intención de las y los lectores, para enriquecerse y complementarse. La relación entre los diferentes niveles del lenguaje y el texto de forma analógica y proporcional (sin caer en la univocidad o equívocidad) dará el resultado de una hermenéutica analógica óptima, como puntualiza el filósofo mexicano: “Se trata de que surja una interpretación o un conjunto de interpretaciones proporcionadas al texto.” (93). Es pertinente dar cuenta de la correspondencia entre el texto y el mundo de este (quien contruye la historia y el que encuentra en ella los significados) así como de la intencionalidad, (lo que hay más allá del texto y lo que hay más allá de las interpretaciones).

Otra de las características de esta disciplina de interpretación de textos, es la posición de los límites frente a un relativismo exagerado, ya que la limitación de la equívocidad da coherencia a la analogía. Su creador considera que es imprescindible poner límites a una interpretación relativista para que haya hermenéutica analógica y dice que: “Aplicada a la historia, la hermenéutica analógica nos da una idea de la historicidad que no rigidiza el devenir histórico en la univocidad, porque es destruir el tiempo, pero tampoco lo disuelve o diluye en el torbellino de la equívocidad, porque es destruir el ser, y necesitamos a ambos: ser y tiempo, tiempo y ser.” (Beuchot 98). Es necesario colocar a esta hermética

entre la rigidez y la dispersión del sentido, de esta manera pueden converger el ser y el tiempo en una proporcionalidad justa que nos otorgue una comprensión coherente y vasta.

Del mismo modo, la significación en la hermenéutica analógica, se inserta entre la posibilidad de un solo significado y el tráfico de varios significados carentes de relación entre sí, Beuchot lo plantea de esta manera:

La significación analógica está a mitad de camino de la unívoca, que tiene un solo significado, correspondiente a un solo concepto o razón, y la equívoca, que tiene varios significados dispersos, que no corresponden al mismo concepto o razón; en cambio, la significación analógica tiene varios significados, pero no irreductibles, sino reducidos o aglutinados por el mismo concepto o la misma razón que les da así cierta unidad, sólo proporcional. (Beuchot 104)

Así podemos comprender y reafirmar el aspecto de la proporcionalidad o la correspondencia relacional de los elementos significativos de la obra, pues los significados que se den a partir de las interpretaciones tienen que estar ligados a una misma razón o unidad específica. De esta forma se limita y desplaza a la equivocidad innecesaria y a la falta de conceptos de la univocidad.

Este conjunto de principios y características de la hermenéutica analógica, representan su carácter dinámico y flexible para la interpretación de textos, que a su vez exponen la idea de la analogía como eje operador de la comprensión humana, a través de las experiencias de los ser. Por tanto, este enfoque es pertinente para el análisis de los personajes femeninos de esta investigación, pues me permite conectar la dimensión individual de cada una con los contextos socioculturales, políticos, económicos y genéricos de sus vidas y motivaciones. Al develar las complicaciones genéricas de la obra, también

puedo hacer un enlace entre la experiencia de los personajes femeninos con la realidad humana actual.

2.2 Perspectiva de género

Para enriquecer este análisis de la obra *Casas Vacías* (2019) considero relevante complementarlo con una perspectiva de género que me ayude a señalar las características de los personajes femeninos, al mismo tiempo que me facilite describirlas adecuadamente, ya que las protagonistas de la novela se encuentran en una condición genérica al igual que las mujeres en la vida real, aspecto importante en la toma de decisiones, expectativas y afectos de cada una de ellas.

En su libro *Technologies of gender* (1989) la autora Teresa de Lauretis, una filósofa, profesora y teórica feminista italiana, propone que el género no es simplemente una separación sexual de los seres humanos: “Podríamos decir entonces que, como la sexualidad, el género no es una propiedad de los cuerpos o algo originalmente existente en los seres humanos, sino el conjunto de efectos producidos en los cuerpos, los comportamientos y las relaciones sociales, en palabras de Foucault, por el despliegue de una tecnología política compleja.” (de Lauretis 8). Entonces, podemos entender que el género atraviesa un conjunto de tecnologías y aparatos sociales que lo construyen; no existe de forma innata en las personas, si no que se configura rigurosamente partir de la socialización y los valores de la sociedad en donde se localiza. La autora profundiza en la conceptualización del género como una representación más allá del signo y su referente, y dice que:

El término género es, en efecto, la representación de una relación, ya sea que pertenezca a una clase, a un grupo o a una categoría. El género es la representación

de una relación, o, si puedo, por un momento, entrometerme con mi segunda proposición, el género construye una relación entre una entidad y otras entidades que están constituidas previamente como una clase, y esa relación es de pertenencia; de este modo, el género asigna a una entidad, digamos a un individuo, una posición dentro de una clase y, por lo tanto, también una posición vis-a-vis con otras clases preconstituidas. (de Lauretis 10)

El género más allá de su carácter clasificatorio primario, es una relación que propone vínculos con otras entidades, ya sean individuos particulares, grupos o clases; no es un aspecto fijo, pues mantiene relaciones dinámicas entre diversas categorías sociales y culturales. La autora agrega: “Así, el género representa no a un individuo sino a una relación, y a una relación social; en otras palabras, representa a un individuo en una clase.” (10). Con esto podemos decir que el género es más complejo que un atributo o la descripción de alguien, más bien tiene que ver con su lugar y comportamiento dentro de un sistema de relaciones entre las personas y las estructuras socioculturales. De Lauretis remarca la distinción entre género y la categoría de sexo que separa lo masculino de lo femenino y explica:

Lo que la sabiduría popular sabe, entonces, es que el género no es el sexo, un estado natural, sino la representación de cada individuo en términos de una relación social particular que pre-existe al individuo y es predicada en la oposición conceptual y rígida (estructural) de dos sexos biológicos. Esta estructura conceptual es lo que las científicas sociales feministas han designado el sistema sexo-género. (de Lauretis 11)

Como señalo anteriormente, el género no deviene con el nacimiento del individuo, si no que se configura relacionamente con otras categorías ya existentes en las estructuras sociales y culturales donde este se desarrolla, lo cual complejiza la forma de etiquetar lo masculino y lo femenino, pues el género responde a procesos históricos que buscan determinar la naturaleza humana en beneficio de las relaciones de poder y visibilidad de un sistema dominante. Sobre estas categorías genéricas que configuran el sistema de género, la autora dice lo siguiente:

Las concepciones culturales de lo masculino y lo femenino como dos categorías complementarias aunque mutuamente excluyentes en las que los seres humanos están ubicados, constituye en cada cultura un sistema de género, un sistema simbólico o sistema de significados que correlaciona el sexo con contenidos culturales de acuerdo con valores sociales y jerarquías. A pesar de que los significados cambien en cada cultura, un sistema sexo-género está siempre íntimamente interconectado en cada sociedad con factores políticos y económicos.
(de Lauretis 11)

Los individuos se posicionan en alguna de estas categorías y asumen los comportamientos que contienen, de esta manera su sexo se correlaciona con los valores y posiciones sociales, culturales y económicas que la sociedad les rige. De un extremo del mundo a otro, los significados y símbolos del sistema sexo-genérico son diversos pero mantienen una relación con lo político, lo necesario para que el sistema dominante funcione óptimamente. Esta cuestión pone en evidencia la delimitación que supone habitar un mundo que separa y excluye genéricamente según el sexo de nacimiento.

El carácter delimitante y determinista de la estructura social genérica pone a los individuos, especialmente a las mujeres, en destinos que pueden frustrar su horizonte mental, personal y psicológico, por motivos utilitarios en función de un sistema dominante. La autora de *Technologies of gender* (2019) señala esta desigualdad social y agrega: “Siguiendo esta línea de pensamiento, la construcción cultural de sexo en género y la asimetría que caracterizan a todos los sistemas de género a través de las culturas (aunque en cada una en un modo particular) son entendidos como ligados sistemáticamente a la organización de la desigualdad social.” (de Lauretis 11). Como puntualiza de Lauretis, las culturas, aunque diferenciadas geográficamente y en su agenda política, tienen como eje sostener y darle difusión a un orden dominante, lo cual puede notarse en la disparidad social con la que se manejan, en unas culturas de forma más violenta que en otras; todo ello como síntoma de una estructura rígida y excluyente del libre desarrollo humano.

Hombres y mujeres tienen que adaptarse consciente o inconscientemente a los mandatos de género, para asumirse como tales en la sociedad; como plantea la autora: “Si las representaciones de género son posiciones sociales que conllevan diferentes significados, entonces, para alguien ser representado y representarse como varón o mujer implica asumir la totalidad de los efectos de esos significados.” (de Lauretis 11). Para ser considerados ciudadanos dignos de respeto en el sistema sexo-genérico, los individuos tienen que colocarse voluntariamente en el molde que les toca, ya sea femenino o masculino y al mismo tiempo relacionarse pertinentemente desde estas categorías con las otras pre-existentes, tales como las de clase o raza. Al no cumplir con las expectativas impuestas socialmente, devienen un cúmulo de complicaciones para la vida individual y en comunidad.

Para afinar mi explicación al concepto de género, retomo lo propuesto por la antropóloga e investigadora mexicana Marcela Lagarde y de los Ríos en su libro *Los cautiverios de las mujeres: Madresposas, monjas, putas, presas y locas* (1990), donde habla de la diferencia sexual entre hombres y mujeres, pero de igual manera converge con Teresa de Lauretis al definir al género como un proceso complejo cargado de atributos sociales y culturales.

Hombre y mujer han sido siempre sexualmente diferentes. En un proceso complejo y largo, se separaron hasta llegar a desconocerse. Así se conformaron los géneros por la atribución de cualidades sociales y culturales diferentes para cada sexo, y por la especialización y el confinamiento exclusivo del género femenino en la sexualidad concebida como naturaleza, frente al despliegue social atribuido al género masculino. (Lagarde 60)

El proceso mediante el cual se le atribuyeron cualidades determinantes al sexo femenino y al masculino, dio como resultado el confinamiento de la mujer en lo privado y la exposición del hombre en la esfera pública; esta distinción ha separado abismalmente a los géneros ya que los colma de diferencias importantes en las que no se reconocen. El no reconocimiento en los individuos es un problema que los vuelve ajenos a la realidad del otro y los induce activamente en un orden desigual, pues asumen la diferencia genérica como un hecho irremovible que debe ser juzgado si no se adhieren correctamente cumpliendo con las expectativas femeninas o masculinas. Sobre esta problemática, Lagarde plantea que:

Un problema clave de la historia es la conformación paulatina de una complejidad humana caracterizada por la imposibilidad de los seres humanos particulares para vivirla. La sociedad les impone modos de vida diferentes sustentados en su especialización excluyente: lo que es obligatorio para unos está prohibido para otros porque pertenecen a grupos como las clases sociales y los géneros, relacionados unos con otros porque se complementan en las contradicciones entre necesidades, carencias y poderes. Hoy todas las sociedades están estratificadas en géneros y casi todas, además, en clases y otras categorías sociales. (Lagarde 61)

Las diferencias excluyentes de cada categoría social que configuran las sociedades, dificulta la vida de hombres y mujeres, ya que les prohíbe algunas acciones y comportamientos para favorecer el cumplimiento de otros. El género presiona a las identidades a moldearse según el sexo con el que nacen, sin embargo, no hay una fecha de término para la labor que impone, pues se prolonga durante toda la vida; es un camino de exigencias perpetuo que castiga con la exclusión social si no se cumplen. En este sistema en el que estamos imbricados, el género más desfavorecido es el femenino, porque como plantean los registros históricos y las evidencias tangibles de la cotidianidad, se les ha recluido a la vida privada, la servidumbre voluntaria y la dependencia emocional y económica en relación con cualquier otro u otros. Lagarde explica la condición de la mujer de la siguiente manera:

La condición de la mujer está constituida por el conjunto de relaciones de producción, de reproducción y por todas las demás relaciones vitales en que están inmersas las mujeres independientemente de su voluntad y de su conciencia, y por las formas en que participan en ellas; por las instituciones políticas y jurídicas que

las contienen y las norman; y por las concepciones del mundo que las definen y las interpretan. (78)

Como explico anteriormente, el sistema sexo-genérico responde al sostén de un orden dominante creado por y para el beneficio de los individuos masculinos que se basan en esta serie de mandatos para liderar la esfera pública; por lo tanto, la configuración de la condición de la mujer queda en manos de los hombres que desde lugares de poder social las describen y delimitan según lo que puedan proporcionarles como esposas, madres o agentes eróticos. La realidad de las mujeres está dibujada en función de sus relaciones con los hombres.

Los vínculos femeninos con los otros basados en la desigualdad, se originan en el sometimiento cultural ante el poder masculino, por lo que se puede afirmar que el género femenino está oprimido por sus opuestos antagónicos. De la opresión patriarcal, Lagarde señala: “La opresión patriarcal de las mujeres es genérica, es decir, las mujeres son oprimidas por el hecho de ser mujeres, cualquiera que sea su posición de clase, su lengua, su edad, su raza, su nacionalidad, su ocupación. En el mundo patriarcal ser mujer es ser oprimida.” (97). Existir en las sociedades constituidas patriarcalmente, significa ser oprimida sin importar la diversas características; claro que la clase, raza u ocupación las hace diferentes entre sí, pero las exigencias y violencias que enmarcan la opresión patriarcal genérica las envuelve de una u otra manera.

La opresión patriarcal no es un fenómeno aislado, más bien, es una situación compleja que se compone de factores culturales, sociales, políticos y económicos que cambian continuamente sin dejar de favorecer al patriarcado sobre el sometimiento de las mujeres. Lagarde afirma que:

La opresión de las mujeres se define por un conjunto articulado de características enmarcadas en la situación de subordinación, dependencia vital y discriminación de las mujeres en sus relaciones con los hombres, en el conjunto de la sociedad y en el Estado. La opresión de las mujeres se sintetiza en su inferiorización frente al hombre constituido en paradigma social y cultural de la humanidad. (97)

Las mujeres se encuentran en una clara desventaja por su posición de inferioridad frente a los hombres en diferentes aspectos de la vida, además de depender de ellos para alcanzar una calidad de vida digna, esta dependencia refuerza la inferioridad que además se reproduce con las normas sociales y culturales que tienen la diligencia de definir a las mujeres para limitar sus capacidades. Por su parte, el Estado perpetúa la opresión de las mujeres al no velar íntegramente por sus derechos, así como rechaza o aprueba leyes que las discriminan y violentan. La opresión patriarcal es un círculo bien estructurado que deja a las mujeres sin muchas posibilidades.

Para finalizar este apartado, puedo decir que la comprensión y aplicación de una perspectiva de género a mi análisis me ayuda a describir pertinentemente las actitudes de los personajes femeninos protagonistas de *Casas Vacías* (2019), así como a interpretar correctamente las situaciones en las que se ven inmersas.

2.3 Ideal de la Maternidad

La obra debut de Brenda Navarro ha sido aclamada por la crítica como una obra que desteje los hilos de la maternidad en un contexto de tensiones sociopolíticas que complejizan la labor de las madres mexicanas, en el marco de las desapariciones forzadas como un síntoma de esto. Ciertamente la novela aborda las dificultades emocionales y

psicológicas que enfrentan las mujeres madres al experimentar la pérdida de un hijo y la culpa al no cumplir con las expectativas del rol materno. En este apartado expongo a la experiencia materna como destino femenino impuesto por el orden social dominante, parte importante de la conformación de la condición de la mujer e ideal responsable de las frustraciones de las mujeres en la vida real y en la ficción de los personajes femeninos de *Casas Vacías* (2019).

La antropóloga Marcela Lagarde también expande sus ideas sobre la maternidad en su libro *Los cautiverios de las mujeres: Madresposas, monjas, putas, presas y locas* (1990), donde reflexiona sobre la existencia femenina justificada en el ejercicio reproductor para la sociedad, ella dice que: “En la feminidad destinada, las mujeres sólo existen maternalmente, y sólo pueden realizar su existencia maternal a partir de su especialización política como entes inferiores en la opresión, dependientes vitales y servidoras voluntarias de quienes realizan el dominio y dirigen la sociedad.” (365). El destino de los individuos femeninos se ha visto reducido por la dependencia y la servidumbre en sus relaciones afectivas, familiares, escolares, laborales, etc., por ello se normaliza que la cúspide de su realización se encuentre en la experiencia maternal y el mantenimiento de una familia ideal.

Dicha feminidad destinada tiene sus bases en las características femeninas que han sido fuente de múltiples interpretaciones a lo largo de la historia; la asociación de estas con la naturaleza ha servido para que se le otorgue a la mujer un lugar menos privilegiado, pues así como el hombre se ha apropiado de los recursos naturales de una tierra fértil, hace lo mismo con las mujeres fértiles, se las apropia y las explota. Sobre ello Lagarde señala: “La mujer no es dueña de su cuerpo, pertenece a un destino asociado a sus características que son ideologizadas como imperativos biológicos y no en su dimensión de cualidades

humanas, históricas. A esta asimilación precede la apropiación social del cuerpo femenino hecha por los hombres.” (380). La justificación de los sacrificios y/o sufrimientos maternos recae en una explicación biologicista que aparentemente dicta la jerarquía social, cuando en realidad es la antesala del ocultamiento sobre los verdaderos intereses del orden social dominante, como el aprovechamiento de una narrativa que implanta necesidades maternas “naturales” para que los otros se beneficien de la servidumbre, la domesticación y la opresión femenina.

La psicoanalista argentina Silvia Tubert, en su libro *Figuras de la madre* (1996), profundiza sobre este supuesto vínculo entre las mujeres y la construcción de la maternidad como una función natural, parte de la narrativa del sistema patriarcal para asegurar su perdurabilidad como orden social dominante. La autora reflexiona sobre el mito del deseo natural de ser madre y explica:

El psicoanálisis ha mostrado que el deseo de hijo no corresponde, de ninguna manera, a la realización de una supuesta esencia femenina, sino que es propio de una posición a la que se llega después de una larga y compleja historia, en la que el papel fundamental corresponde a las relaciones que la mujer ha establecido en su infancia con sus padres, tanto en el plano de la triangulación edípica como en el de la identificación especular con la madre. Es decir, el deseo de hijo no es natural sino histórico, generado en el marco de las relaciones intersubjetivas, resultado de una operación de simbolización, por la cual el futuro niño representa aquello que podría hacernos felices o completas. (Tubert 9-10).

Tal como subrayan Lagarde y Tubert, las condiciones históricas de las mujeres han sido olvidadas con toda la intención de hacerlo, ya que de esta manera, nadie da cuenta de la configuración real de la maternidad como un fenómeno complejo que se mueve entre diferentes dominios además de lo corporal, y que se nutre más allá de lo cultural. Cada mujer trae consigo un contexto que ampliará su experiencia materna o el desentendimiento de esta para su historia de vida, sin que ello signifique rechazar una supuesta esencia femenina que la culpabilice u obstruya el desarrollo de otras capacidades y oportunidades.

Por lo tanto, la configuración del ideal materno privilegiando unos aspectos sobre otros, propicia una visión sesgada en la sociedad que prefiere desconocer la multiplicidad del origen para perpetuar los mandatos sociales y los prejuicios que vacían en las mujeres cuando no los llevan a cabo; Marcela Lagarde enfatiza sobre ello: “La maternidad es un complejo fenómeno bio-socio-cultural que rebasa cada uno de estos niveles y se refiere a funciones y a rotaciones en el conjunto de la sociedad y en el Estado. La mujer no es una ciudadana sino una ciudadana que materniza en su doble rol como madre y como esposa-hija: la mujer no es, si no es hija o esposa y madre.” (388). Ante los ojos del mundo, la mujer tiene que estar ligada a él según sus aportaciones maternas, de otro modo su existencia se invalida, lo que también es motivo de cuestionamientos y sentimientos de rechazo en las mujeres por su propia comunidad.

Entonces, podemos decir que el destino femenino por excelencia se encuentra en el maternaje de los otros a lo largo de su vida, pero no es sino la procreación, lo que finalmente consume a la joven, a la señorita y a la hija, como una mujer capaz y completa: “Mujer es la que es madre. Por eso al parir —al “dar a luz”, al “dar la vida”, al “traer hijos al mundo”—, la mujer nace como tal para la sociedad y para el Estado, en particular para la

familia y el cónyuge (existente o ausente), y para ella misma. La sociedad y la cultura patriarcales engendran a la mujer a través del parto, por la mediación del otro, del hijo.” (Lagarde 386). Los hijos dentro del sistema social patriarcal significan una reproducción de sus códigos culturales, por lo que la mujer que da hijos a este sistema, se reafirma socialmente funcional, sin embargo es la puerta de entrada a otro laberinto de exigencias y aprehensiones.

Por otro lado, las mujeres que no tienen hijos y las que no pueden tener hijos, pertenecen a otra categoría diferente de mujer, ya que no se les acepta como seres completos, son más bien una suerte de desviación para lo socialmente sano y aceptado. Marcela Lagarde dice de las estériles lo siguiente:

Si cualquier mujer es un ser incompleto, la madre estéril es una mujer incompleta e imperfecta, ocasiona asombro y desdén. La relación casi automática entre los hechos de su cuerpo y su voluntad, asentada en la ideología naturalista de la feminidad, ocasiona que la vivencia de la esterilidad por parte de las mujeres esté marcada por la culpa y el castigo “Algo habrá hecho para que Dios la haya castigado con eso”. “Es que tuve tantos abortos (provocados)...”. (396)

Tal como lo vive uno de los personajes femeninos de la obra (Madre de Leonel), el deseo maternal existe en ella, pero la incapacidad para llevarlo a término la castiga psicológicamente hasta llevarla al borde de lo que se considera “locura femenina”; casi del mismo modo ocurre con las mujeres en cualquier cultura, ya que se espera de ellas la convicción para convertirse en madres, pero si no pueden lograrlo a pesar de la asimilación

del rol materno como algo que se desea con fervor, simplemente se gana el extrañamiento y la lástima de su entorno.

Lagarde continua su descripción de las maternidades anómalas y agrega a las mujeres que tienen hijos con discapacidad, grupo al que pertenece otro de los personajes femeninos de *Casas Vacías* (2019); la autora señala que igual que las anteriores, son receptoras de la lástima y la condena silenciosa de los otros.

Esta concepción se extiende de idéntica manera a las mujeres que tienen hijos malformados, incapacitados físicamente o con cualquier lesión o mal congénito. Las madres de estos niños pasan su vida culpándose y siendo culpadas por los males de los hijos, la culpa es compensada y transformada en sacrificio: las mujeres viven dedicadas en cuerpo y alma al hijo enfermo, ocupadas en reparar su falla, ellas extienden las generalizadas preocupaciones del embarazo y las consideran deseos dañinos. (Lagarde 396)

Las madres de hijos e hijas con discapacidad, están ligadas a ellos doblemente, primero por ser madres y en segundo lugar por la condición del niño o niña; los cuidados se vuelven más estrictos y las maneras de fallar son abundantes, además de vivir envueltas en juicios severos sobre el desarrollo del infante. Si ser madre es un constante sentimiento de insuficiencia, ahora se junta con el poco o nulo conocimiento de las personas sobre las vidas con capacidades diferentes. La culpa invade la cotidianidad, sobre la tela semitransparente de la culpa por no poder parir en sanidad y completud humana. El arrepentimiento no es aceptado en cualquier contexto materno, pero en este se vuelve inhumano.

La búsqueda de la felicidad y de nuevas oportunidades en el ideal materno trae consigo todas estas posibles dificultades y variantes de ser madre, porque claramente el laberinto de exigencias se puede poner peor en los diversos contextos, tal cual lo absorbe y exhibe mi objeto de estudio. Si bien la maternidad no debe considerarse un camino tortuoso, difícilmente podría instaurarse como una solución idílica en la vida de las mujeres. Silvia Tubert plantea que:

El ideal de la maternidad proporciona una medida común para todas las mujeres, que no da lugar a las posibles diferencias individuales con respecto a lo que se puede ser y desear. La identificación con ese ideal permite acceder a una identificación ilusoria, que nos proporciona una imagen falsamente unitaria y totalizadora que nos confiere seguridad ante nuestras incertidumbres en tanto parece ser la respuesta definitiva a todas nuestras preguntas. (Tubert 10)

La identificación ilusoria de la que habla Tubert es evidente cuando la maternidad se prioriza como objeto de deseo y al mismo tiempo de frustraciones en la vida de las mujeres al llegar a cierta edad, ya que al ingresar a la adultez, la autopercepción de una misma se pone borrosa, la incertidumbre crece, la noción del tiempo es diferenciada, los comentarios pasivo agresivos sobre el cuerpo y la edad abundan, la desesperación por encontrar sentido aumenta y las esperanzas se empolvan junto con los sueños pausados. Entonces se infiere que la siguiente etapa debe ser la maternidad, se elige desde la incomodidad y la imposición ideológica, lo que desencadena decepciones cuando esta no viene a resolver la vida en explosiones de amor fraternal.

El deseo inconsciente de la mujer en convertirse en madre es sólo un eslabon en la cadena completa de la configuración del ideal o figura materna, a este se le suman otros como la condición contextual y la organización sexo genérica del mundo. Silvia Tubert habla de las figuras de la madre y su articulación con estos aspectos:

En efecto, la figura -las figuras- de la madre representa el punto de articulación entre el deseo inconsciente -en cuyo origen se encuentra, precisamente, la madre- las relaciones de parentesco en unas condiciones histórico-sociales determinadas y la organización de la cultura patriarcal. Esto exige la superación de las oposiciones binarias que, lejos de facilitar alguna comprensión de la cuestión, son ellas mismas producto de esa cultura y proporcionan un acervo de representaciones que coadyudan a su perpetuación. (12)

Como menciono anteriormente en el apartado de género, la disparidad es una problemática impositiva para hombres y mujeres, siendo estas las más afectadas por la serie de expectativas y opresiones a las que se les somete. Además el sistema sexo genérico difunde representaciones irreales de lo que se debe ser, generando un ambiente propicio para la confusión agresiva del libre desarrollo individual, en pareja y de grupos. Por ello Tubert considera importante una desconstrucción de ideales: “De ahí la necesidad de desconstruir los ideales, las identidades, que obturan ilusoriamente la singularidad del sujeto, para abrir un espacio donde se pueda resituar la maternidad en relación a la dimensión del deseo -de la multiplicidad de deseos- opuesta a una identidad que no puede sino ser mítica.” (10). Es imperante proponer y acentuar nuevas representaciones para abrir el camino hacia una diversidad de deseos, metas e inquietudes; la maternidad como un mandato del género, reductor y totalizador debe reformularse.

Para muchos lectores y las lectoras, *Casas Vacías* (2019) ha venido a recordarnos que la maternidad no es dulce, estable o la cura de relaciones afectivas moribundas; lo cual tiene que ver con lo que se ha estudiado sobre la maternidad desde hace tiempo sin hacerle mucho eco, ya que a veces parece inútil intentar golpear a un sistema dominante bien estructurado, sin embargo, es necesario dar cuenta del surgimiento de las identidades y personajes femeninos que pueden decirnos algo importante de la organización actual a nivel social, cultural y político.

Capítulo III

Forma y contenido de Casas Vacías

Casas Vacías (2019) es una novela aclamada por la crítica en cuanto a su temática, pero también se ha señalado el estilo rítmico y dinámico de las voces de sus protagonistas. La forma literaria de la novela es la prosa, por lo que me enfoco en el análisis del plano morfosintáctico y léxico-semántico al explorar la estructura y estilo literario de la autora para detallar su narrativa.

Basada en la metodología propuesta por Serrano Segura en su artículo “El comentario de textos literarios” (2003) sigo la estructura de forma y contenido del texto. La novela tiene dos narradoras protagonistas sin nombre; el único dato cercano a un nombre es su condición de madres del mismo niño, llamado diferenciadamente por cada una (aspecto que profundizo más adelante), por lo tanto, comienzo con la primera narradora, madre de Daniel y víctima de la desaparición forzada del mismo. Tomo un fragmento de la primera parte de la obra, donde la madre de Daniel expande sus pensamientos sobre Nagore, su sobrina convertida en su hija adoptiva, por imposición de su pareja, tras el feminicidio de su hermana y madre de esta. Este párrafo está cargado de significado emocional de la narradora pues revela sus percepciones escabrosas sobre la niña tras la desaparición de Daniel.

Nagore perdió el acento español apenas llegó a México. Se mimetizó conmigo. Era una especie de insecto que hibernaba para salir con las alas puestas para que la miráramos volar. Estalló en colores, como si el capullo tejido en las manos de sus padres sólo la hubiera preparado para la vida. Superaba la tristeza, le ganaba la niñez. Le corté las alas después de que Daniel desapareció. No iba a permitir que

algo brillara más que él y su recuerdo. Seríamos la fotografía familiar intacta que no se rompe a pesar de caer al suelo por el triste aletear de un insecto. (Navarro 21)

Este párrafo contiene 19 verbos, de los cuales 15 aparecen conjugados y 4 en infinitivo. Existe una prevalencia del pretérito con 6 verbos en pretérito perfecto simple, 6 en pretérito imperfecto, 1 en pretérito pluscuamperfecto y 1 más en pretérito imperfecto del subjuntivo; esto se debe a la evocación de las memorias y los sentimientos del pasado del personaje femenino. Es relevante el verbo “miráramos volar” en la oración “Era una especie de insecto que hibernaba para salir con las alas puestas para que la miráramos volar.” Ya que el pretérito imperfecto del subjuntivo se refiere a deseos o situaciones que no sucedieron, entonces podemos entender que nunca miraron a Nagore desde la desaparición de Daniel, precisamente porque nada brilló más que su recuerdo y la niña creció en el olvido. Por su parte, la predominación del estilo verbal, indica lo que Serrano Segura reconoce como rasgo de un texto dinámico.

En este fragmento existe un orden lógico con la mayoría de oraciones subordinadas y sólo una simple. Las oraciones subordinadas que aparecen son: subordinada circunstancial de tiempo, subordinada adjetiva específica, subordinada adverbial causativa final, subordinada adverbial causativa condicional, subordinada adverbial circunstancial temporal, subordinada sustantiva prepositiva y subordinada adjetiva específica. Sólo un tipo de oración subordinada se repite y es la subordinada adjetiva específica, lo cual nos muestra el carácter detallado de la prosa de Brenda Navarro. El dinamismo y complejidad intelectual de este tipo de oraciones se vuelve evidente en la descripción de la acción de Nagore como un insecto, lo que me lleva a señalar las figuras correspondientes al plano léxico-semántico que integra: la animalización de la niña al compararla con un insecto que hiberna y sobrevive a la desgracia familiar, y la cosificación de la familia real con una

fotografía familiar que se mantiene intacta excluyendo la vitalidad de Nagore frente al recuerdo fatídico de Daniel.

De este modo, el estilo narrativo es conducido por los monólogos de las protagonistas, a través de sus recuerdos, pensamientos y sentimientos, como el siguiente fragmento donde la madre de Daniel reflexiona sobre el signo zodiacal bajo el que nace su hijo, pensando que fue un mal augurio que sólo ella notó, lo que la desespera ante su reciente desaparición y la sumerge en una sensación de ahogo.

Daniel nació un veintiséis de febrero. Es piscis, pensé. Fran no le dio mucha importancia. Los piscis son difíciles, sufren mucho, dramatizan más. Debió ser Aries. Siempre quise un hijo independiente. Daniel pesó dos kilos con novecientos gramos, buenos pulmones 8/8 de Apgar. (Respira, respira, respira...). Daniel era Piscis y tenía la piel blanca, casi transparente... (Respira, respira, ¡respira!). Daniel era Piscis, pesó dos kilos, casi tres, piel blanca, transparente, pero Piscis, ser Piscis no es bueno... (Respira, respira, ¡respira!, respira). Daniel era Piscis, era mi hijo, Daniel era mi, mi hijo. Es mi hijo... (Respira, resp... no, no, no quiero respirar). Daniel es mi hijo y quiero saber dónde está. (Navarro 23)

En este párrafo se encuentran 35 verbos conjugados en diferentes tiempos, de los cuales 21 se encuentran en presente (por la repetición que explico más adelante), 7 en pretérito perfecto simple y 6 en pretérito imperfecto. Nuevamente predomina el pretérito y se destaca la repetición, dando como resultado una abundancia de verbos, lo que significa dinamismo. Se destaca la repetición del verbo “respira” en modo imperativo, que la protagonista emplea para darse la orden de respirar ante la desesperación y sensación de ahogo, al no saber del paradero de su hijo; la repetición da paso a la figura de la epífora que, de acuerdo con Serrano Segura, consiste en la repetición de una palabra al final de

varios periodos. Gracias a esta figura y al dinamismo contenido, puedo empatizar y experimentar ahogo de la mano de la madre víctima de la desaparición de su hijo. Además de la sola existencia de oraciones simples y coordinadas simples que coinciden con la narración ambivalente entre las pausas por el ahogo “(Respira, respira, respira)” (Navarro 23) y el cambio acelerado de la desesperación.

Esta primera narradora enriquece el plano léxico-semántico de la obra, por lo que las figuras retóricas son abundantes y satisfactorias para conocerla detalladamente conforme avanza la narración, tal es el caso del siguiente fragmento, donde cuenta que el tiempo, aunado a su estado de ánimo, han causado estragos en su salud y cómo se autopercibe desde la pérdida de su hijo.

Ensañada en que mi cuerpo fuera el reflejo de mi estado de ánimo, esperé que las enfermedades emergieran, pero era incapaz de verlo por mis propios ojos. Aún hoy, evado los espejos, no me gusta mirar quién soy. Aunque en ese tiempo supe que no era yo la que habitaba este cuerpo, sino que era un contenedor, una especie de patio vacío al que le llegaban los ruidos ciudadanos a lo lejos. La casa vacía jamás habitada y lúgubre aunque con estructura fija. El elefante blanco del mercado. (Navarro 114)

En este párrafo aparecen las figuras de la comparación o símil y la metáfora. En la oración: “Aunque en ese tiempo supe que no era yo la que habitaba este cuerpo, sino que era un contenedor, una especie de patio vacío al que llegaban los ruidos ciudadanos a lo lejos.”, se trata de una comparación entre su cuerpo humano y la forma de un contenedor o un patio vacío, pues al no tener a su hijo, se imagina como un lugar vacío o sin contenido que le dé razón a su existir. Por otro lado, en las oraciones “La casa vacía jamás habitada y lúgubre aunque con estructura fija” y “El elefante blanco del mercado”, se aprecia la figura de la metáfora pura al no haber un referente de por medio y sólo expresar el término

imaginario. Con estas figuras retóricas podemos comprender que la narradora se percibe como una madre fallida, porque ahora no está su hijo con ella, sin embargo, no deja de ser la madre de alguien a quien espera, por ello se asume con “estructura fija”. No puede desprenderse del rol materno, sólo se ha modificado. Al mismo tiempo, se siente como un proyecto fracasado al llamarse a sí misma “elefante blanco”.

La autora demuestra un dominio magistral de la figura retórica y de la desolación agresiva del personaje femenino, ya que cada vez hay más comparaciones en su prosa, como en este último fragmento que retomo de la madre de Daniel, en el que habla de su pareja y las clases a las que iban con su hijo, donde les darían las herramientas necesarias para que el autismo no fuera un impedimento para su desarrollo.

Me costó trabajo que Fran acudiera al instituto donde nos iban a enseñar a fortalecer las aptitudes de Daniel para que pudiera insertarse en la sociedad de manera adecuada: insertarse, como los dardos que, aunque no pertenecen al tablero, llegan rápidamente y de forma agresiva a romper la normalidad. Insertarse, como la jeringa que combate la piel enferma. Insertarse, como la flecha que mata. (Navarro 129)

En este párrafo se encuentran tres comparaciones que la madre de Daniel hace con el verbo pronominal “insertarse”. Daniel debe “insertarse en la sociedad”, como si fuera algo anómalo que no está inserto desde su sola existencia, por ello lo compara, pero lo hace con cosas punzantes, como el dolor que ella siente en ese momento: “insertarse, como los dardos que, aunque no pertenecen al tablero, llegan rápidamente y de forma agresiva a romper la normalidad. Insertarse, como la jeringa que combate la piel enferma. Insertarse, como la flecha que mata.” (Navarro 129). En la comparación habla de un Daniel que no pertenece y que mata; ella sabía que su hijo no pertenecía al mundo convencional y que eso

iba a terminar matándola, aunque sea en un sentido metafórico. Si creía que su presencia era aniquiladora, su ausencia se convierte en la asesina de la madre, figurativamente.

La obra se conforma de tres partes divididas en dos, la segunda sección corresponde a la segunda narradora protagonista, quien por decisión se convierte en madre, al raptar al hijo de la primera y rebautizarlo como Leonel. La madre de Leonel pertenece a una clase socioeconómica baja, diferente a la primera protagonista, por ello, advierto de la oposición léxico-semántica, sin embargo, su narración no detiene el dinamismo inicial. Retomo el siguiente fragmento de la primera parte de la novela, donde expone su incomprensión ante la condición de Leonel, por lo que lo violenta físicamente cada vez que se desespera con el nivel de cuidados que necesita.

Le gritaba a la menor provocación, le daba madracitos de vez en cuando, nalgadas casi todas las veces que se cagaba en los calzones, y Leonel lloraba y lloraba y entonces yo sentía que las tripas se me hacían mierda y que ojalá dios estuviera viendo cada día de mi vida y se cagara de la pinche risa porque de otra forma yo no entendía nada de lo que estaba pasando. Nada estaba saliendo bien. (Navarro 59)

Este párrafo corto utiliza 11 verbos conjugados en diferentes tiempos y 1 en infinitivo. Los verbos conjugados son: 5 en pretérito imperfecto, 2 en pretérito perfecto simple, 2 en pretérito imperfecto del subjuntivo y 2 en presente. La presencia de los 9 verbos en pretérito, se debe a la descripción de las acciones del pasado. Se trata de un enunciado compuesto por oraciones coordinadas y subordinadas, una oración simple al final y un orden lógico. Con base en Serrano Segura, la cantidad de verbos y la existencia de oraciones coordinadas y subordinadas dota de complejidad una narración, pero en este caso, la deficiencia de figuras retóricas, en contraste con el lenguaje coloquial, activa el dinamismo sin tanta complejidad. La simplicidad que aquí se manifiesta, refleja una clase

social diferente a la de la primera narradora. Aquí la madre de Leonel explica por qué lo ataca, pero también muestra su arrepentimiento, pues sabía que las cosas no estaban saliendo bien, por la falta de entendimiento del hijo que escoge y rapta.

Otro fragmento que retomo de la segunda protagonista, pertenece a la segunda parte de la obra, y es relevante porque narra un episodio de violencia por parte de su pareja, motivado por la presión social que le hace uno de sus amigos cuando ella se niega a servirles unas cervezas en medio de un partido, pues estaba trabajando en su repostería y no quería caer en la sumisión.

Rafael no dijo nada pero se me quedó viendo feo, y más porque el Bombolocha sí que se pasó chingándole que ya ni en su casa lo respetaban, que al gallito ya le habían cortado su cresta. Yo me hice tonta. Luego se acabó el partido y nos quedamos solos. Estaba por llegar el repartidor de la pastelería a recoger las paletas y me fui a lavar la cara y las manos y ya en el baño llegó Rafael y me aventó contra la pared. Luego golpeó la botella contra la pared y se hizo añicos. Dejó la parte con la que se toma en la mano y me amenazó con ella. (Navarro 93)

En este párrafo se hace uso de 18 verbos, 17 en diferentes conjugaciones y 1 en infinitivo, localizados en una oración compuesta por oraciones coordinadas y subordinadas, una oración simple y finalmente oraciones coordinadas. Tiene un orden lógico y es dinámico, porque narra tres sucesos diferentes: cuando el amigo de su pareja exalta la molestia, la próxima llegada del repartidor y la situación de violencia. En este caso sí existe una figura del plano léxico-semántico empleada por el amigo que hace una comparación al utilizar la frase popular: “que al gallito ya le habían cortado su cresta” (Navarro 93). El dinamismo y la comparación sirven para crear un ambiente tenso que culmina en una

sucesión de verbos para describir la acción violenta. La segunda protagonista se siente inevitablemente en peligro y lo describe en su narración.

Finalmente, recupero un fragmento de la madre de Leonel, localizado al final de la segunda parte del libro, en el que revela cómo llega al parque donde comete el secuestro de Daniel para convertirlo en Leonel, su hijo. Lo que parece ser un suceso normal, motivado por el esfuerzo de encontrar tranquilidad, debido a las frustraciones que vivía en casa, se convierte en el inicio del secuestro que ocurrió ese día.

Ese día, el día, me asomé a la calle y vi que iba a llover, pero yo sentía que me asfixiaba en la casa, agarré una sombrilla roja y me salí a caminar. Tomé un camión, andaba yo como sonámbula, como si una fuerza me dijera justo a donde ir, aunque no sabía. Entonces me bajé en un parque que vi de camino y me senté en una banca a ver a los niños jugar en las resbaladillas y los columpios, en los subibaja, en el pasamanos. Así estuve un rato. (Navarro 110)

El párrafo anterior se constituye por 19 verbos, de los cuales 15 están conjugados y 4 se mantienen en infinitivo, de esta manera forman oraciones coordinadas, subordinadas y una oración simple dentro de un orden lógico. Se trata de un fragmento dinámico que además integra la figura de la comparación, la cual corresponde al plano léxico-semántico, en la parte: “andaba yo como una sonámbula”. Así es como la segunda protagonista relata cómo se dirige al parque donde encuentra al niño predilecto para ser su hijo y cómo es que estaba fuera de sí, al compararse con una persona sonámbula que no puede interferir con sus acciones involuntarias.

3.2 Los símbolos en las casas

A lo largo de la novela se presentan elementos como objetos y espacios cargados de significado abstracto, a estos los reconozco como símbolos que permiten una interpretación

más profunda de los personajes femeninos protagonistas. Para Serrano Segura, un símbolo es aquella figura en la que el término real es un concepto abstracto representado por un elemento concreto cuyo origen es psicológico o convencional (14), de tal manera que constituyen una parte importante para la construcción de las madres y sus historias. A continuación, desglosaré estos aspectos.

En la primera parte de la obra, la madre de Daniel cuenta un poco sobre los recuerdos de su infancia y la melodía de los violines que se escuchaban en la sala de juegos de la casa de sus padres: “Violines en casa de mis padres mientras el sol entraba por la ventana que alumbraba la sala de estar en la que yo jugaba. Violines, la música de los juegos.” (Navarro 22). Motivada por la nostalgia, decide que Nagore debería aprender a tocar el instrumento, como una forma de evocar la infancia; resuelven ir a pedir informes sobre las clases mientras la ilusión en la niña crecía, sin embargo, el proyecto musical se queda en el aire: “Me dio una hoja con el horario y con el teléfono al que se tenía que confirmar la primera cita. Lo pegué en el refrigerador. Nunca hubo violines en casa.”. (Navarro 22-23).

En este caso, los violines representan la infancia. Nunca hubo violines en casa para que Nagore pudiera recordar momentos plenos de su corta vida porque la felicidad le fue negada por la madre de Daniel, que la reprende y violenta ocasionalmente, tras perder el sentido de su vida con la ausencia de su hijo: “¿Y si nos vamos a Utrera, a la casa blanca de los abuelos? preguntó Nagore. ¿Irse a Utrera con mi hijo perdido? Le di una bofetada. Lo negué. Yo era incapaz de golpear a una niña.” (Navarro 23). Los síntomas del hijo desaparecido se expanden y gangrenan las relaciones familiares.

La primera narradora es invadida por una frustración y una tristeza desmesurada, se castiga y castiga a los demás. Los días pasan de largo, postrada en su cama, entre preguntas

sin respuesta, que sólo acrecentan la incertidumbre por el destino de Daniel, “¿A dónde va Daniel todas las mañanas en las que yo me quedo tirada en la cama, esperando que el tiempo no pase y él no sea el niño desaparecido? ¿A dónde va y a quien mira? ¿Hay alguien a quien le diga madre?” (34). Las escenas en la cama son recurrentes; según el *Diccionario de símbolos* (1986) de Jean Chevalier, la cama simboliza el cuerpo y la vida: “La cama participa de la doble significación de la tierra: comunica y absorbe la vida. Se inscribe en la simbólica de conjunto de la horizontalidad.” (632). La vida de la madre de Daniel es absorbida por la cama, lentamente se vuelve una extensión de su cuerpo o el cuerpo mismo, voluntariamente se imposibilita para continuar su vida. Es desde la cama que construye sus pensamientos y las discusiones con su familia.

Las cosas de Daniel también conforman el horizonte visual que puede apreciar desde su cama, este personaje femenino se aferra a las memorias de su hijo. Para la madre, cada objeto que fue testigo de su existencia merece la pena para ser acumulado donde ella pudiera verlo: “Daniel estaba en el plato de sopa que había dejado antes de que saliéramos al parque, en la ropa que habíamos puesto en el cesto de ropa sucia de la mañana. En la cama destendida, en sus juguetes.”. Las cosas se fueron acumulando y la energía se estancaba en el fuerte que elaboró la protagonista para defenderse de la indolencia del tiempo que tarde o temprano siembra el olvido. El plato de sopa antes de ir al parque, la ropa de ese día y los juguetes, son el último aliento del hijo desaparecido.

Desde que se fue Daniel yo no dejé que salieran cosas de la casa. Como perra recién parida me arrinconé en un pedazo de la habitación con unas cobijas que apenas y soltaba porque aún tenían el aroma de mi hijo. Las olisqueaba casi todo el tiempo, mientras que al pie de la puerta, uno a uno, los objetos que dejaba para limpiar

después fueron creando una muralla de ropa sucia o de ropa nueva que Fran me compraba para darme animo. (Navarro 117)

Para la madre de Daniel era de vital importancia no perder de vista a su hijo de nuevo, aunque sólo fuera su recuerdo el que no dejara ir. Este cúmulo de cosas representan el dolor y la negación, frente a la pérdida total del hijo si estos elementos dejaran de existir. Por otro lado, también es una forma de inmortalizar el vínculo, ya que al hablar del último plato de comida lo pone en un espacio sagrado de su imaginario: “En esa fila de cosas estaba el plato limpio de la última comida de Daniel, que descansaba entre la podredumbre, como la cruz de Cristo descansa en las paredes de las casas de los católicos.” (Navarro 128). La imagen de Daniel se vuelve estrictamente inmaculada, como una forma de defenderlo en el presente de lo que no se le pudo defender el día de su rapto.

Cuando Daniel fue secuestrado, su madre dijo a las autoridades que su vestimenta era un pantalón azul, una camisa roja y zapatos azules. Los colores tienen una gran carga simbólica, de acuerdo con el *Diccionario de símbolos* (1986), el color rojo es un color universalmente atractivo para los niños (Chevalier 890), y al mismo tiempo es “sinónimo de juventud, de santidad, de riqueza y de amor” (Chevalier 889), lo cual tiene que ver con la inocencia de un niño de tres años que aún no contiene ninguna culpa o sentimiento negativo a su alrededor, para merecer ser despojado de la vida que conocía. Por este motivo, la madre puede comprender que Daniel representa la ingenuidad de su edad y no es el detonante de los problemas que construyeron los adultos. En cuanto al color azul, se dice que: “Los movimientos y los sonidos, así como las formas, desaparecen en el azul, en él se ahogan y en él se desvanecen cual pájaros en el cielo.” (Chevalier 163), aspecto que corresponde con la ausencia de un grito o llanto que alertara a su madre de lo que ocurría.

El color rojo también estuvo presente en la sombrilla de su raptora, la misma que abrió ese día para poder huir con él, sin que su madre se percatara. En este caso, el color rojo representa lo siguiente: “Cuando se exterioriza el rojo se vuelve peligroso como el instinto de poder si no está controlado; conduce al egoísmo, al odio, «a la pasión ciega, al amor infernal».” (Chevalier 890). El egoísmo y la pasión ciega describen la emocionalidad de la segunda protagonista para cometer un crimen en nombre del deseo materno. El color rojo de la sombrilla se vuelve peligroso cuando estas emociones envuelven a quien la porta.

La mujer de la sombrilla roja se apropia del niño como su hijo, convirtiéndose así en madre. En la tercera y última parte del libro, la segunda protagonista narra cómo el niño es secuestrado nuevamente por su madre al enterarse de lo que hizo. Ella lo busca desesperadamente, hasta que se reúne con su madre y la familia de Rafael, quienes intentan convencerla de huir de la ciudad sin decirle lo que habían hecho con Leonel. Ella se niega y regresa a su casa, entonces uno de los primos de Rafael le toca la ventana y misteriosamente le entrega un zapatito.

Ante la sospecha de que algo terrible había ocurrido, la madre de Leonel intenta confesar su crimen al ministerio público, pero el miedo la hace retractarse y mientras esta última escena ocurría, ella llevaba el zapatito en todo momento. Para este elemento, retomo dos definiciones del *Diccionario de símbolos* (1986), que señala: “el calzado se convierte en un símbolo de derecho de propiedad.” (1084), pero también que “En las tradiciones occidentales el calzado tendría significación funeraria: un moribundo está a punto de partir. El zapato a su vez indica que no está ya en estado de andar; revela la muerte.” (1084). En la novela no se especifica si matan al niño o eligen otro destino para él, aunque todo parece indicar que el destino de Daniel, rebautizado como Leonel, es fatídico y que el zapatito marca la pauta para imaginar varias posibilidades.

3.3 Las casas vacías y su soledad

Como el título de la obra nos advierte, en esta historia se encuentra más de una casa vacía. Daniel deja una casa vacía y posteriormente lo hace Leonel, sin embargo, hay más casas vacías en esta historia esparciendo un sentimiento desolador.

La madre de Daniel, explica durante toda su narración cómo es que se convierte en una casa vacía al quedarse sin el hijo que trajo a la vida: “Aunque en ese tiempo supe que no era yo la que habitaba este cuerpo, sino que era un contenedor, una especie de patio vacío al que le llegaban los ruidos citadinos a lo lejos. La casa vacía jamás habitada y lúgubre aunque con estructura fija. El elefante blanco del mercado.” (Navarro 114). La casa vacía, además de referirse a la casa material que se queda sin un habitante de la familia, también encarna el cuerpo de la madre que gestó a un niño y después se quedó sin él. En el *Diccionario de símbolos* (1986) la casa significa el ser interior: “según Bachelard; sus plantas, su sótano y su granero simbolizan diversos estados del alma. El sótano corresponde a lo inconsciente, el granero a la elevación espiritual.” (Chevalier 259), otra interpretación es la de “un símbolo femenino, con el sentido de refugio, madre, protección o seno materno.” (Chevalier 259). En este sentido, las casas representan el ser interior de las madres de la novela.

Se considera madre a la mujer que engendra, por lo tanto, para Marcela Lagarde, la maternidad está “basada en la progenitura como experiencia evidente y comprobable, personal y corpórea de la mujer, la relación con la criatura y con la persona la transforma en madre [...]”. (372). Entonces, sin Daniel físicamente, es como si el cuerpo materno jamás haya sido habitado, sólo su recuerdo, sus pertenencias y la culpa son el signo de que habitó a una madre y una casa.

Los abuelos de Daniel, residen en Utrera España, en una casa blanca y soleada en la que pasó sus primeros días de vida, pero que también guardaba el recuerdo de Amara, su tía asesinada. En la casa blanca de Utrera, donde su madre, su abuela y Nagore vigilaron su primera noche, se instauró la tristeza y la soledad:

Antes de que regresáramos a Mexico, la mamá de Fran se arrodilló ante mi y me suplicó que no nos fuéramos. Convince a Fran, convéncelo, yo te ayudo a cuidar a los niños, no voy a estorbar, voy a ayudarte, convence a Fran de quedarse, pero yo decía que no, aunque quería decir que sí, y ella me decía que no la dejara sola en esa casa grande, blanca y hueca de Utrera, que no podría con tanta soledad y sin su hija y con todos los días sin su hija y sin su nieta, que no me fuera [...]. (Navarro 123)

La casa blanca, alguna vez guardó la vitalidad y plenitud de una familia tradicional europea de clase media alta y posteriormente sólo quedó la fachada con los espacios soleados como una reminiscencia de lo que allí fue. El color blanco simboliza un valor ideal (Chevalier 189), como lo que esperaba ser la familia con el pasar de los años; al mismo tiempo “En todo pensamiento simbólico, la muerte precede a la vida, ya que todo nacimiento es un renacimiento. Por esto el blanco es primitivamente el color de la muerte y del duelo.” (Chevalier 190). Como una premonición del feminicidio de Amara y la tragedia familiar, el color blanco selló la sensación de la muerte y vistió el duelo.

Dentro de la casa blanca, existe una habitación que se escapa de la pulcritud blanquecina que se aferra a los valores ideales, en esta habitación se suscita una discusión sobre el asesino de Amara y padre de Nagore: “Se creen que, porque tienen dinero, lo pueden todo. Dijo la madre cuando entró a la habitación que, a pesar de estar en la casa blanca y soleada de Utrera, era oscura y fresca como si guardara en ese frescor lo que no se podía ventilar en las calles: la familia, las voces, la vida.” (Navarro 72). La oscuridad y el

frescor de esta habitación, en contraste con la luminosidad calurosa de toda la casa, refuerza el símbolo del color blanco como una configuración de la familia ideal, posteriormente abatida por la violencia desde su interior, por ello se ocupa un lugar antagónico para hablar de un tema de gravedad que puede ensuciar la pureza que intentaba reflejar la familia con las apariencias.

Por otro lado, la segunda narradora configura sus ilusiones y metas desde la casa que escoge para independizarse de su madre y vivir con su pareja, de la que espera una familia. Aunque luego esta le represente un fracaso materno y soledad. La madre de Leonel habita una casa pequeña de un piso, pero con amplios patios por enfrente y atrás. “La casa estaba chiquita sí, estaba descuidada, también, pero me gustaba porque tanto adelante como atrás tenía patios grandes. Podía salir a tender la ropa y a mediodía ya estaba seca, podía salir al frente y poner plantas y macetas, eso me gustaba.”. El espacio de acción de este personaje femenino es su casa, pues el exterior le atemoriza, por la condición de desaparecido del hijo que escogió y secuestró. La experiencia materna la confina en el interior, mientras que Rafael puede gozar de su libertad para evadir la existencia del nuevo hijo, de la creación forzada de la familia y los problemas que se manifiestan: “Y me dejaba con la palabra en la boca y se iba y yo nomás me quedaba con el coraje en el estómago y veía como todos andaban en las posadas y Leonel balbuceando no sé qué y yo sola, siempre sola.”. (Navarro 60). Así es como la soledad llega para quedarse, pues las cosas no mejoran, ella prefiere su etapa como madre, aunque el arrepentimiento y el sacrificio sean mayores.

Conforme avanzaba el tiempo como madre de Leonel, los amigos y familiares se empezaron a alejar de ella, ya que los rumores de que se había robado a un niño eran cada vez más fuertes, además la convivencia con un niño autista sólo complicaba lo que ya parecía extraño. Así la soledad fue tomando dimensión sobre el espacio: “Pues no vengas,

les decía, si tanto te causa problemas ver a un niño tan bonito, no vengas. Y ya no fueron a la casa, y yo pensaba, tanta casa, tantos patios, dos patios y nadie los usa, ni yo.” (Navarro 140). La casa de los patios fue perdiendo la vitalidad que alguna vez prometió, hasta que se volvió una casa vacía, cuando la madre de esta protagonista la visitó para confirmar los rumores y se lleva a Leonel para deshacerse del problema.

La madre de Leonel intenta recuperarlo, pero todo fue en vano, pues su madre no se lo regresa y tampoco le da información sobre su paradero. Desde ese momento la casa se vacía y la paranoia ocupa el lugar de la soledad; este personaje decide enterrar en el patio las cosas de Leonel para borrar cualquier evidencia de su paso por allí y dice: “Al poco rato, recogí la casa, lavé la estufa, fregué el suelo. Dejé todo limpio. El agua con detergente la eché encima de la tierra del patio trasero, para que no se notara que había excavado ahí. Luego cerré con llave la casita de los patios que una vez me causó tanta ilusión y me fui.” (Navarro 157). El cuerpo materno de este personaje femenino se queda sin contenido tangible, con un dolor inmenso de por medio y vive lo que estaba sintiendo la primera narradora, madre de Daniel. Se vuelve una casa vacía.

La madre de la segunda narradora no se escapa de la soledad, ni de su propia casa vacía. Es descrita por su hija como una mujer insensible que nunca se involucró demasiado con sus hijos, en lugar de afecto les daba palizas, y siempre les hizo saber que no podían confiar en ella. Tuvo un hijo además de la madre de Leonel, que falleció emparedado en la construcción donde trabajaba, pero eso no la hizo corregir su carácter, por lo que su hija decide huir de la casa familiar después de este suceso. Cuando visita a la protagonista para conocer al niño del que hablan, le habla de su soledad: “Luego mi mamá me empezó a hablar de ella, que también estaba sola, que le dolían las piernas, que ya el doctor le había dicho que tenía osteoporosis. Que sentía que, con tanta enfermedad que estaba padeciendo,

no se valía que yo quisiera que las cosas se pusieran peor.” (Navarro 144). Su madre, una mujer egoísta que prefería su comodidad sobre la poca felicidad que podían anhelar sus hijos, sentía que los años le pesaban con la soledad de su propia casa vacía.

Las casas vacías de la novela son las madres fallidas, las madres solas, las madres que perdieron a sus hijos y en su lugar quedó una profunda soledad, tristeza y desesperación.

3.3 Madre de Daniel: Madre del desaparecido

La primera narradora protagonista inicia la obra describiendo la desaparición de su hijo de tres años con autismo, llamado Daniel; el hecho sucede en un parque mientras ella se encontraba distraída, y al final de ese primer párrafo agrega: “La compradora estafada. La estafa de madre, la que no vio” (Navarro 15). Esta primera autopercepción marca las ideas que deambulará en soliloquios por los que deja ver su visión de la maternidad, que en sentimientos encontrados de esperanza y de miedo, prevalece el arrepentimiento que se profundiza con el fracaso materno y la culpa tras la desaparición de su hijo.

Para referirme a este personaje femenino protagonista, la llamo “madre de Daniel” ya que ninguna de las protagonistas posee un nombre, a diferencia de los otros personajes, lo que considero un rasgo que deja la autora como símbolo de la pérdida de identidad de las mujeres al convertirse en madres y verse obligadas a vaciar sus personalidades en el ejercicio materno. Si bien estas mujeres tienen una historia, del mismo modo que sucede en la vida real, son reducidas por la sociedad a su rol como madres de alguien.

La madre de Daniel es una mujer joven mexicana que decide convertirse en madre junto a su pareja de origen español llamado Fran. Encuentra en él cierto tipo de seguridad extraña que la hace seguir adelante con la etapa de su vida que más le atemoriza y dice: “Me hice los análisis para saber si estaba embarazada. Cuando se lo dije a Fran, me abrazó

como si eso fuera lo que tuviera que hacer. ¿Lo quieres, quieres que tengamos este bebé?, pregunté. Sí, dijo que sí (Respira, respira...). ¿Lo quieres cuidar, me vas a cuidar? Sí, dijo que sí. No importa qué pase, ¿vamos a estar bien, no? Sí, dijo que sí.” (Navarro 24). Todo esto ocurre en España, en medio de los preparativos fúnebres de la hermana de Fran, quien fue víctima de feminicidio en manos de su esposo, dejando a una niña huérfana de nombre Nagore, a la que Fran decide aguerridamente adoptar y llevar a México. La madre de Daniel se entera de su doble maternidad en el mismo viaje y se enfrenta a ideas tormentosas sobre ello desde la gestación.

Con la desaparición de Daniel, este personaje femenino anhela el destino funesto de su cuñada fallecida, para poder escapar de su realidad como madre fallida y de tener que hacerse cargo de Nagore, de quien no se siente madre.

Otras muchas veces deseaba ser Amara, la hermana de Fran, y dejarle la responsabilidad de velar por dos vidas ajenas. Ser yo la malnacida, la malvivida, la mal asesinada. No parir. No engendrar, no dar pie a las células que crean la existencia. No ser vida, no ser fuente, no dejar que el mito de la maternidad se prolongara en mí. Truncar las posibilidades de Daniel mientras seguía en mi vientre, encerrar a Nagore hasta que dejara de respirar. Ser la almohada que la ahogaba mientras dormía. Recontraer las contracciones por las que ellos dos nacieron. No parir. (Respira, respira, respira). No parir, porque después de que nacen, la maternidad es para siempre. (Navarro 22)

La madre de Daniel es consciente del mito del deseo innato de la maternidad y cree que se ha fallado a sí misma por aceptar atravesar la experiencia materna que se vuelve su dolor perpetuo. Se arrepiente por dejar que su hijo naciera y por aceptar a Nagore en su vida. Fantasea constantemente con el aborto y con el filicidio como solución a lo que

considera su prisión y cual si fuera una condena que aceptó se dice: “la maternidad es para siempre.” (Navarro 22). Sobre la maternidad prolongada durante toda la vida, Marcela Lagarde explica lo siguiente:

La maternidad: basada en la progenitura como experiencia evidente y comprobable, personal y corpórea de la mujer, la relación con la criatura y con la persona la transforma en madre, y aun cuando ésta muriese, la mujer continúa madre. La maternidad dura toda la vida e implica los cuidados permanentes de reposición y reproducción cotidiana que prodigan las mujeres a los otros. (Lagarde 372)

Lagarde describe lo que está pasando la madre de Daniel, que sin tener físicamente a su hijo, tiene que seguir siendo su madre y cargar con el peso de un desaparecido, así como de sus posibles destinos, ninguno de ellos favorable. Se siente culpable por aceptar algo que le aterraba desde el inicio: “Subimos al avión y sentí miedo de saber que Nagore iba a estar a mi cargo, no sabía que hacer con dos niños. Nunca quise ser madre, ser madre es el peor capricho que una mujer pueda tener.” (Navarro 30). Ella asumió un rol doble que no le correspondía y el vértigo por su decisión continuaba aún después del vuelo y su llegada a México. Acepta que nunca quiso ser madre realmente, pues lo ve como un capricho transformado en una condena aterradora.

En su nueva vida como padres de Nagore y Daniel, a pesar del miedo y el arrepentimiento ocasional que la embargaba en ese entonces, tiene recuerdos donde pudo vislumbrarse como una promesa de buena madre tradicional, pero son apagados por el presente: “Si alguien nos hubiera sacado una foto en ese momento, la gente pudo haber pensado que yo era una buena madre. Yo creo que Nagore pensó que yo sería una buena

madre. Y entonces, ¿por qué dejé solo a mi hijo en un parque y preferí ver mi teléfono? ¿Qué clase de broma materna soy?” (Navarro 35). Un descuido convierte a las mujeres en un error de madres, no está permitido ser víctima de un ataque criminal, ni perder de vista a los suyos. Lagarde habla sobre la bondad y la maldad del personaje de la madre y menciona: “Así como la madre es un personaje bueno, es necesario precisar que con la relación directa, todas las madres son malas porque las mujeres nunca logran ajustarse al estereotipo, y aun cuando se acerquen a él son malas madres porque nunca logran satisfacer el deseo real e imaginario, consciente e inconsciente, del otro.” (394). La exigencia materna es implacable, la maldad está a un segundo de distancia, si la tragedia es inevitable. El estereotipo de la madre buena, que cuida disciplinadamente a los hijos y no erra bajo ninguna circunstancia, deja a las madres víctimas de la desaparición de un hijo en una posición antagónica.

La madre de Daniel reflexiona sobre sus primeros acercamientos al embarazo; reconoce que hay un deseo que recorre la piel y nubla el juicio, mediado por las ideas románticas: “Por eso que Fran me tocara con su glándula húmeda me hacía sentir que me amaba. Y el amor, tan engañoso, tan febril, que hace que el semen pase de las piernas al útero y del útero a la desgracia.” (Navarro 24). La felicidad momentánea de experimentar amor carnal permea en los deseos inmediatos: “Así el contenido de la felicidad de las mujeres es la experiencia amorosa, y es evidente que el sentido de la vida de la mayoría de ellas es la realización del amor.” (Lagarde 440). La antropóloga señala lo anterior para hacer referencia a la socialización histórica y cultural de las mujeres con el amor y las relaciones amorosas como parte esencial de la identidad femenina. De allí que se crea

alcanzar la completud y la realización de su vida en la formación de una familia estrictamente.

La renuncia a la libertad y a la ligereza de la individualidad es el precio a pagar por la experiencia romántica absoluta que promete la felicidad de la familia y con ello nuevas responsabilidades, para la madre de Daniel una nueva prisión o jaula:

Una cree que hay demasiada libertad en el aire y no se percata de que es fácil crearse una prisión propia. Una deja de migrar a la ruta pactada. Una sale de la primera jaula familiar y trastabillea, da pasos en falso, agita torpemente las alas y se pone a recolectar niditos de todo. Una misma va gritando: ¡Méteme a la jaula, vamos, vamos, que me metas a la jaula! Yo lo hice cuando dejé de tomar anticonceptivos y fui a susurrarle al oído al pulcro de Fran: ¡Mánchame, ensúciame por dentro, entra duro, sí, así, lléname de ti, ensúciame, sí...! Pero él quedo pulcro. Inmune, como el boceto de una estatua que jamás se realizó, pero con los matices de esas líneas que dan pie a nuevos dibujos. (69)

La jaula de este personaje femenino cambia de localización y sentido, si bien la jaula familiar de origen fue primero, cuando se encuentra en libertad y completa autonomía busca crear su propia familia, su propia jaula, casi inconscientemente, para darse cuenta que al pedir que la deformen con la huella del otro, en realidad, el otro se mantiene intacto. Esta acción coincide con lo que propone Lagarde: “Aunque el género masculino participa en la reproducción, se ha liberado casi de todo compromiso social e incluso de muchas actividades de reproducción que de esta manera se asocian al cuerpo matriz, al cuerpo lactante.” (381). La protagonista habla de la pulcritud de su pareja porque es ella quien pone el cuerpo para gestar, quien entrega su cotidianidad a los actos de servicio y de afecto a los hijos, así como también es ella la que vive con remordimientos y culpas de forma

indefinida, hasta que el cuerpo termine por pasarle factura. Esto expone una de las tantas desigualdas genéricas. Sobre la entrega de las mujeres al otro y los otros, Marcela Lagarde enfatiza que:

En la cultura genérica patriarcal que enmarca la conyugalidad, el amor consiste para la mujer en la satisfacción de su necesidad de ser-de y para-el-otro, en lograr la mirada y el reconocimiento del otro — primordialmente afectivos y eróticos—, para vivir. De ahí que la vivencia del amor como felicidad ocurra cuando la mujer, sin límites, sin autonomía, sin definición propia, está plena del otro, su contenido es el otro, y ella, por fin, es del otro. La felicidad para la mujer es la entrega colmada. (Lagarde 440)

La construcción sociocultural que centra el amor en la vida de las mujeres limita su autonomía femenina; para la madre de Daniel culmina en decepciones y frustraciones desde que toma la decisión materna, y se prolonga hasta el vacío que sentía cuando decide ir al parque, para finalmente sumergirla en una condena que la asfixia en todo momento. La madre de Daniel recuerda lúcidamente el día que perdió su individualidad, encontrándose desplazada por el otro que crecía a pesar de ella, sin que a nadie le importara, y lo llama su propio infierno:

Camina, sal a caminar, le hará bien al bebé. ¿Y lo que me hace bien a mí? Me daba igual la tristeza de Fran y su familia. Yo luchaba con mi propio infierno, pueril, soso, vano, pero mi infierno. No se puede ser humano si otro organismo te succiona la vitalidad. Tampoco se puede ser humano si cargas los fantasmas que no te corresponden, se llama individualidad. (Navarro 73)

Este personaje femenino se entrega a un egoísmo propiciado por la falta de tacto que sentía en su entorno, que daba por hecho que ser madre significa dejarse habitar con dureza. La madre de Daniel no sólo pensaba que dejaba de ser ella, sino que dejaba de ser un humano como tal. Lagarde señala este síntoma como la apropiación del infante por su territorio: “El cuerpo femenino es el espacio de vida antes y después del nacimiento, es un territorio propio del infante, no sólo no le es ajeno, sino que le pertenece, irrumpe en él cuando lo desea, y lo usa.” (382). El personaje femenino luchaba con su propio hijo al sentirse irrumpida desde sus órganos, pues sentía que su vitalidad ahora le pertenecía a él. Se sentía sola en esa lucha por su cuerpo con el otro, el intruso que le recordaba que su cuerpo ya no era suyo solamente. La madre de Daniel es muy precisa cuando dice que deja de ser un humano, ya que la naturaleza femenina a la que le tribuyen el deseo materno, tiene relación con la animalización de las mujeres. Respecto a esto, Lagarde dice:

El espacio vital destinado a las mujeres es la reproducción social y su cuerpo es depositario de la procreación. Su vida toda se desenvuelve en la dependencia vital con los hombres (filial o conyugal). Es un cuerpo apreciado sólo por su utilidad social. Es un cuerpo que define la existencia, no es un cuerpo humano. (380)

Contrario a los hombres, que han sido definidos históricamente como seres sociales, el cuerpo femenino está relacionado a lo social desde su utilidad para reproducir a la sociedad y su cultura, de allí que el personaje femenino no se sienta un humano como los demás, como los que tienen autonomía, los que no tienen un cuerpo nuevo formándose a expensas del desgarramiento físico y psicológico que ella padece.

El panorama empeora cuando nace Daniel, ya que no emite ningún llanto y posee una mirada perdida. Su actitud no cambia con el paso del tiempo, pues nada le genera interés suficiente. Al poco tiempo lo diagnostican con autismo. La preocupación y extrañeza se vuelve vergüenza: “Yo me avergoncé. Aunque sabía que no era nada malo, sino un poco más de trabajo, tuve la certeza de que no supe engendrar un niño sano, normal, que pudiera llenar de deportes a Fran, de hacerlo que se ensuciara las manos y las rodillas por jugar con él.” (Navarro 127). Parece que la culpa estaba destinada para la madre de Daniel, la buscaba desde antes de la desaparición. La culpa se instaura en casa desde que se da cuenta que tiene un hijo con capacidades diferentes, que lo separan de los modos convencionales de existir, en un mundo que de por sí es hostil. En *Los cautiverios de las mujeres: Madresposas, monjas, putas, presas y locas* (1990), se aborda la cuestión de la siguiente manera:

Esta concepción se extiende de idéntica manera a las mujeres que tienen hijos malformados, incapacitados físicamente o con cualquier lesión o mal congénito. Las madres de estos niños pasan su vida culpándose y siendo culpadas por los males de los hijos, la culpa es compensada y transformada en sacrificio: las mujeres viven dedicadas en cuerpo y alma al hijo enfermo, ocupadas en reparar su falla, ellas extienden las generalizadas preocupaciones del embarazo y las consideran deseos dañinos. (Lagarde 396)

La madre de Daniel siempre quiso un hijo independiente, pero no fue así. Como un presagio, en sus constantes peleas con él desde que habitaba sus entrañas y cuando lo percibía débil al nacer, sus peores miedos se iban volviendo realidad: tener un hijo que le costara alcanzar su total autonomía y el no retorno a la mujer que alguna vez tuvo un andar

ligero. Ahora su labor materna sería analizada con una lupa que sólo tienen las madres que traen a la vida a hijos con capacidades diferentes. La responsabilidad se volvió más grande y por ende la falla también.

El personaje femenino se siente culpable por tener ideas contradictorias sobre su maternidad, cree que la vida le quita a Daniel porque no merecía tener al hijo al que le deseó la muerte y que además la libera de cargar con el peso de tener un hijo autista. Ella se autopercibe como una suerte de aberración de la maternidad y dice: “No hay palabra que defina a una madre sin un hijo que ya parió, porque no soy amátrida ya que Daniel sigue vivo y yo soy la madre, soy algo peor, algo innombrable, algo que no se ha conceptualizado, algo que sólo el silencio hace llevadero.” (Navarro 120). Las madres con hijos desaparecidos no han sido conceptualizadas, porque la labor materna se extiende en cuidados durante toda su vida, por lo que la madre que no cuida, que no protege y vela al hijo es vista como una madre fallida. Este arquetipo tampoco se libera de las expectativas y mandatos con los que transita su culpa, ya que tiene que desgastarse en sacrificios, ahora volcados en la búsqueda.

3.4 Madre de Leonel: Madre raptora

La segunda narradora protagonista construye la otra voz de cada parte de la novela. Cuando inicia su narración, describe cómo se lleva a un niño del parque (Daniel), que después rebautiza con el nombre de Leonel, por lo que, con un tono arrepentido dice: “Mejor no hubiera llegado Leonel a nuestras vidas” (Navarro 39). El arrepentimiento se debe al descubrimiento de la condición autista del niño, motivo por el cual es considerado apático a la mayoría de las cosas, creando una barrera entre él y el nuevo entorno al que lo introducen por la fuerza, complejizando la labor materna que apenas comienza.

Es en el primer párrafo que se descubre la identidad de la mujer responsable de la desaparición del hijo de la primera narradora, pero también el motivo: un deseo obsesivo por ser madre. No obstante, la decepción por el primogénito y la experiencia materna se repite en la nueva madre: “Claro que lo abracé mientras lloraba, pero es que lloraba mucho; semanas después nos dijeron que tenía autismo y que a lo mejor por eso no le gustaba casi nada. Fue en ese momento que me arrepentí de querer ser madre.” (Navarro 39). El trastorno del espectro autista implica una serie de cuidados rigurosos y una condena social hacia los padres, por no ser capaces de tener hijos considerados sanos o adaptables a la sociedad, es por ello que la madre raptora expresa su arrepentimiento por el deseo maternal al enterarse de la naturaleza del niño, que en un principio consideró el mejor prospecto para ser su hijo.

Pese a la adversidad, esta protagonista no desiste, al igual que la madre biológica, está dispuesta a aceptar los sacrificios que supone un hijo con un trastorno neurológico. Un niño con autismo tiene dificultad para adaptarse a los cambios, aún más cuando estos alteran los estímulos sensoriales a los que está acostumbrado; un ejemplo de esto son las discusiones violentas con Rafael, la pareja de la nueva madre. Ella relata cómo esto altera a Leonel, por lo que reduce la frecuencia de los enfrentamientos y reflexiona: “Entonces por eso yo pensaba en eso cuando veía a Leonel sufrir tanto, tan fácil que hubiera sido que Rafael le pusiera envidia para hacerme a mi hija, nada de lo que pasó hubiera pasado.” (Navarro 46). El sufrimiento de un niño y una familia entera pudo ser evitado si esta protagonista hubiera alcanzado las expectativas de maternidad con su pareja, sin embargo, no fue así, y aunque es consciente del daño que genera en Leonel sacarlo de su zona segura, prefiere continuar con su experiencia materna para acercarse lo más posible a su sueño.

Si la madre raptora lo escogió, fue por su belleza infantil extranjera, lo que le causó un extrañamiento que la dejó deslumbrada desde la primera vez que lo vio, y esta misma belleza sirve de anestesia ante la indiferencia del niño: “Era precioso dormido. Poco a poco empecé a resignarme a esa clase de belleza y también al hecho de que yo no iba a ser madre de nadie, que nomás iba a ser la cuidadora de todos los hombres de mi vida.” (Navarro 58). Estos pensamientos del personaje femenino son relevantes porque la hacen replantearse su identidad femenina como mujer madre en un mundo patriarcal que crece a partir de la servidumbre voluntaria de las oprimidas.

Sobre los cuidados maternos a los que se refiere la protagonista, Marcela Lagarde dice que: “Ser madre y ser esposa consiste para las mujeres en vivir de acuerdo con las normas que expresan su ser —para y de— otros, realizar actividades de reproducción y tener relaciones de servidumbre voluntaria, tanto con el deber encarnado en los otros, como con el poder en sus más variadas manifestaciones.” (363). Es cierto que las mujeres dedican su vida al cuidado de los otros desde temprana edad, pero este hecho se reafirma y se recrudece al convertirse en “madresposas”; así como también es cierto que la maternidad se basa en la progenitura, como expliqué anteriormente, por ello, el personaje femenino sabe que su identidad como madre no será legítima con sólo tener a su cuidado a un niño, lo que la desplaza a un lugar inferior, como cuidadora a secas, no sólo de Leonel, sino de todos los hombres de su vida, que se sirven de sus cuidados maternos, perfeccionados por el deseo enraizado de dar vida.

A medida que avanza la narración de la madre de Leonel, su anhelo se vuelve absorbente, pues genera un ambiente aspiracional del ideal femenino que se ha configurado culturalmente y no deja de ganar simpatía, porque ¿Qué tiene de malo ceñirse a las expectativas socioculturales y sanar heridas en el proceso? ¿Qué tiene de malo proyectarse

en un nuevo individuo? ¿Qué tiene de malo querer dar amor? Como expresa la protagonista en sus motivos:

Con lo que no podía vivir era sin ser madre. ¿Que por qué la aferración? Pues porque sí, ¿qué tiene de malo querer ser madre, qué tiene de malo querer dar amor? Yo quería educar una niña que fuera distinta a mí, a mi madre, a la madre de Rafael, a mis primas. Una mujercita distinta que no se dejara de nadie pero que fuera amorosa, ¿por qué eso podía ser malo? (Navarro 99)

En el fragmento anterior, la protagonista deja claro que no podía vivir sin completarse a través de maternidad, solamente la existencia de una hija le daría sentido a su vida, pues no hay nada de malo en la búsqueda de la realización femenina desde la procreación y la crianza. Ella está convencida de que no hay maldad detrás de la exaltación del deseo materno, hasta el grado de la obsesión, si el amor justifica los medios. La autora de *Los cautiverios de las mujeres: Madresposas, monjas, putas, presas y locas* (1990) expone que:

Las niñas y las mujeres núbiles, son mujeres en proceso, crisálidas o larvas de mujer. Millones de seres humanos incompletos, en espera de completud. Su transformación se logra de manera positiva a través del proceso de desarrollo de la mujer, más la acción externa y todopoderosa del otro; del hombre mediante la concepción (la embarazó, la hizo mujer) y del hijo. (386)

Socialmente se concibe el paso de niña a una mujer plena con el nacimiento de los hijos, ya que la intervención del hombre en el cuerpo sexuado, preparado para su desarrollo y versión final, será lo que la validará en el mundo. Mientras tanto, sólo serán “mujeres en proceso”, una suerte de prototipo femenino no concluido, en espera de vivir lo que les falta.

Por otro lado, como menciona Silvia Tubert, el deseo maternal, además de su construcción sociocultural de carácter patriarcal, tiene que ver con la configuración individual a partir de una historia que inicia en la infancia, donde los padres son parte fundamental en las percepciones del mundo que tienen los hijos. Por ello, reitero las reflexiones de Tubert en las que puntualiza: “Es decir, el deseo de hijo no es natural sino histórico, generado en el marco de las relaciones intersubjetivas, resultado de una operación de simbolización, por la cual el futuro niño representa aquello que podría hacernos felices o completas.” (Tubert 9-10). De esta manera, es comprensible que la madre de Leonel use la figura de la hija para imaginarse sanando al linaje familiar femenino, ya que no considera a ninguna de las mujeres de su familia como una mujer ejemplar, ni siquiera a ella misma. Las considera mujeres hostiles, sin suficiente inteligencia emocional para poner límites y sobresalir en la vida sin perderse a sí mismas.

Marcela Lagarde también habla sobre la proyección de la mujer en los hijos y el esposo, como una forma de sentir seguridad: “Claudicación y abandono son internalizados por las mujeres como femeninos, como rasgos genéricos constitutivos de su personalidad. La búsqueda del otro (esposo, hijos) es siempre realizada con el anhelo de recuperar la madre perdida, de poder reposar y depositarse filialmente en otro.” (432). Así, reafirmo la necesidad de seguridad del personaje femenino, pues permea en su historia de vida un largo recorrido de problemáticas con su madre. Desde que se entera que es producto de una violación incestuosa por parte del hermano de su madre, los maltratos físicos, un intento de filicidio y finalmente el desenlace de Leonel.

Y mientras lloraba me acordaba de cuando mi mamá me quiso ahogar. Ella dice que no pero yo sé que sí, si no estoy pendeja. Me acuerdo clarito que puso el agua

caliente en la tina y me dijo que me metiera, luego hizo como que jugábamos y en una de esas me resbalé y me caí dentro del agua y ella puso su mano en mi cabeza para que yo no pudiera salir. Yo pateé y movía mis manos con desesperación, pero ella no dejaba que yo sacara mi cabeza, hasta que por fin la quito. (Navarro 150)

El párrafo anterior, es un ejemplo de la relación madre e hija deteriorada desde la infancia, por un intento fallido de filicidio que, hasta el presente de la protagonista, sigue generando estragos en su salud mental. La figura de la madre para ella, representa una serie de preguntas sin responder, desde el origen de su vida que parece ser un secreto oscuro familiar, hasta el recuerdo vívido de cuando su madre intentó asesinarla sin que ella lo pudiera comprender. Al hablar sobre los delitos frecuentes de las mujeres, Lagarde recoge el tema del filicidio y señala:

El filicidio de criaturas es una forma extrema de maternidad porque el asesinato de los hijos pequeños es realizado sobre todo, por las madres. Son ellas también, quienes cometen más intentos fallidos de filicidio, identificados como tales. Pero también hay intentos fallidos de filicidio de los que no se tiene evidencia directa, sino secretas confesiones de algunas madres, que aseguran haber hecho pasar como accidentes domésticos agresiones a sus hijos pequeños. (Lagarde 662)

De igual manera, la madre de la protagonista hace parecer esa situación traumática como un juego con su hija y le hace pensar que está exagerando. Este y otros recuerdos que configuran su percepción individual de la figura maternal, la hacen pensar en la maternidad como una forma de aproximarse al cariño ejemplar que ella quiso recibir. La madre de Leonel quiere tener una oportunidad de conocer un vínculo sano entre una madre y su hija, a través de la procreación de un nuevo ser, que le permita explorar una nueva concepción materna.

Para alcanzar el sueño materno, es necesario el hijo, pero antes que eso, es imprescindible el esposo y la creación de la familia. Es así, que a pesar de las discusiones que crecían en forma de agresiones físicas, la protagonista continúa con la construcción de su propia familia. Ella ve en los hijos la oportunidad de reivindicar su historia, pero también de salvar su relación con la esperanza que suponen las nuevas vidas.

...y yo creo que aunque no lo acepte, soy de esas mujeres que prefieren estar con el hombre aunque no las quieran y que siempre dice: pues mañana será otro día, pues hay que hacer algo para estar mejor; muy optimista o muy arrebatada; por eso creí que Leonel iba a llegar y mejorar todo, pero era nada más tapar el dedo con el sol, lo que está podrido, está podrido, ni modo. (Navarro 40)

La madre de Leonel se define como una mujer optimista, por aceptar malos tratos en nombre de la promesa de una familia feliz y completa que le proporcione seguridad, algo que en su presente desconoce, como si se tratara de un mito, sin embargo, cree en ello fervientemente. El optimismo al que apela, es en realidad, una respuesta a la exigencia social de tener una pareja heterosexual con la que pueda reproducirse para que la sociedad siga su curso funcional. Un hombre es independiente, pero la mujer confirma su existencia con sentido, a partir de él. Sobre este aspecto, Marcela Lagarde dice que: “Para que la mujer exista es necesaria la preexistencia del hombre. Ella sólo existe social e individualmente por esta relación. En cambio el hombre es en sí mismo. De ahí, la importancia del lazo conyugal de las mujeres. De ahí que deban ser esposas para existir.” (Lagarde 367). Debido a esto, la protagonista es capaz de tolerar la falta de cariño, la soledad y la espera por los tiempos mejores, ya que prefiere todo eso a saberse sola, sin la pieza fundamental para la construcción de la familia que visualiza.

Rafael es una pareja ausente, física, emocional y económicamente, además de ser un hombre violento que agrede a la madre de Leonel ante cualquier inconformidad que se le presente. A continuación, voy a explicar estos aspectos de menor a mayor rango de violencia.

Primeramente, la madre de Leonel coincide con la madre de Daniel, cuando menciona la poca o nula participación de la pareja en las labores maternas, dejándoles una carga desigual en el hogar y con ellas mismas: “Que Leonel me aventaba la comida o quitaba la cara cuando le quería dar de comer, que las clientas decían que me habían dicho de fresa y no de chocolate, aunque en la nota estuviera firmado que querían de chocolate y no de fresa, que Rafael nomás tragaba y no ayudaba en la casa y ni le hacía caso a Leonel. Todo harta.” (Navarro 58). Rafael se desentendía de la existencia de Leonel, lo cual puede entenderse, debido a su origen en sus vidas, aunque si los hijos fueran suyos, probablemente la historia sería la misma, como en el caso de Fran que aplicaba cierta distancia con su hijo. Otro ejemplo de la ausencia de Rafael se da cuando el personaje femenino sufre un aborto espontáneo, de un embarazo que desconocía y tiene que vivir la hospitalización y recuperación sola; la protagonista relata cómo sufre violencia obstétrica y dice: “yo pensaba en Rafael, que muy comodito en la casa no tenía que oír esas estupideces.” (Navarro 92). Rafael, al igual que Fran, representan la ausencia y la falta de empatía para sus parejas. Los hombres a menudo se escapan de las labores paternales con el pretexto de fungir un rol proveedor o de trabajo.

La madre de Leonel, por su parte, gestiona la crianza, el hogar, un trabajo, una pareja y a ella misma, pero para hablar únicamente de la maternidad, recupero el siguiente fragmento de Lagarde: “Al mismo tiempo que la mujer gesta, cuida, limpia (purifica de

inmundicias), produce con su cuerpo la comida como su propia extensión: cría. Es una totalidad de vida, de tiempo, de atmósferas, de la puesta a disposición de los otros.” (383). Históricamente la mujer ha estado a disposición de los otros, de ahí que el personaje femenino se asuma como una cuidadora perpetua de los hombres de su vida, en contraste con los hombres que no están obligados a participar en la crianza porque para ellos es opcional: “La paternidad implica la voluntad de aceptación del hombre y, en general, ocurre sólo dentro de otras instituciones que lo obligan y le dan seguridades para asumir que en verdad ese hijo es suyo. Si otras instituciones se relajan, se relaja la paternidad.” (Lagarde 374). Por ende, la presencia paternal no es obligatoria en un sistema que los dota de independiencia y desarrollo en el espacio público, mientras que las mujeres son recluidas a sus hogares, muchas veces en soledad y con una salud deteriorada a causa de la vida de los otros.

El abandono de Rafael es sólo un primer eslabón en la cadena de violencias que ejerce, pues los problemas y las discusiones derivan en ataques físicos que se agravan si la madre de Leonel participa defendiéndose del agresor, o si ella comienza un ataque. A Rafael no le importa la diferencia de peso, altura o fuerza, ataca por igual hasta saciarse por completo: “A él le daba por jalarme de los cabellos, le parecía fácil agarrarme los pelos y zarandearme, ponerme enfrente de él con la greña agarrada y patearme, como cuando patean el balón en el aire. Así me pateaba en el estómago y me daba de cachetadas en la cara, en las tetas. Yo podía gritar y lanzar arañazos, pero él siempre ganaba.” (Navarro 56). La oración final de este fragmento, da cuenta de la realidad sobre la desigualdad física entre hombres y mujeres, aunque la protagonista se defendiera, no existía forma de salir ilesa de

una agresión así. La violencia en las parejas fue normalizada por mucho tiempo, por lo que Lagarde explica:

Completan el fenómeno, la violencia psicológica y física que ejercen los hombres en distintos grados sobre las mujeres a quienes agreden de mil formas: las ignoran, les gritan, las ridiculizan, las humillan, las torturan, las golpean y las castigan. Y esto ocurre tanto en las relaciones bien avenidas como entre cónyuges que reconocen tener una relación deteriorada, Lo que se evidencia es el conflicto como hecho de la cotidianidad conyugal, implique esta convivencia o no, así como la enorme carga de agresión depositada en las mujeres y la hostilidad generada hacia ellas.

Tal como describe la investigadora mexicana, es habitual que las violencias que enlista se hagan presentes, al inicio o al final de una relación; en el caso del personaje femenino y su pareja, las agresiones son constantes desde que comienza su relación, pero ignoradas por ella, por los momentos de placer erótico y el deseo materno, que la hacen asumir sacrificios con base en el ideal de la familia, aunque el cimiento de esa construcción sea tan frágil como ella en un enfrentamiento con Rafael. La desigualdad también permea en la sexualidad, sobre todo cuando aparece una amante en su relación y la protagonista decide callarlo, para evitar una pelea que se saliera de control, por cualquiera de las dos partes, aunque aún así, los conflictos no desaparecen.

Yo me quede en la cocina llorando, porque, aunque Rafael estaba loco y era capaz de lastimarme, éramos familia, y ya quería decirle que cuando tuviéramos a nuestra hija le iba a hacer paletas de chocolate y vainilla y de fresa y de nuez y que él dijera que bueno y que me abrazara fuerte, pero claro que no dijo nada porque el muy

cabrón ya andaba cogiendo con otras y yo me tenía que quedar callada porque el miedo era mutuo pero el siempre era más fuerte. (Navarro 94)

En esta relación, el personaje femenino le debe monogamia a su pareja, mientras que él puede tener más parejas sexuales. La desigualdad recorre cada arteria de este vínculo sostenido por la inercia. Este es el reflejo del poder que poseen los hombres: “Es a causa del poder de los hombres sobre las mujeres, y de la monogamia obligatoria de las madresposas, que ese hombre adquiere derechos eróticos exclusivos sobre ella. La relación política de dominio y la relación de propiedad en la conyugalidad hacen que lo que sucede en esas relaciones eróticas sea válido.” (Lagarde 280-281). Mientras que la madre de Leonel opta por callar sobre la nueva relación de Rafael, la sola idea de que ella haga lo mismo ni siquiera es explorada en la novela, lo que me parece una demostración clara de la desigualdad sexual existente en las relaciones de ese tipo, donde el control de uno se extiende desmedidamente sobre el otro.

La reafirmación de la protagonista al decir que a pesar de todo son “familia”, expone el lugar que prioriza sobre su propia integridad. El lugar de la mujer en la familia, especialmente la que quiere formar la madre de Leonel, exige sumisión para alcanzar la felicidad y así vivir un ideal femenino; de esta manera lo señala Lagarde: “La exigencia de abnegación a la mujer en el cumplimiento de su identidad genérica, en cualquier papel y circunstancia, tiene como parámetro la felicidad, la mujer debe ser feliz “naturalmente” por ser madre y esposa, y la felicidad es una dimensión de la feminidad, si la mujer encuentra dificultades en su vida, debe aguantarlas, y de todas maneras, ser feliz.”(439). Ante las adversidades, las carencias económicas, la violencia ejercida, el abandono y la aparición de una tercera persona, lo que propone la cultura patriarcal es soportar pacíficamente sin

interrumpir la felicidad, para no salirse de las dimensiones femeninas correctas, que se acercan a los profundos anhelos del personaje femenino.

Si bien existió una especie de enamoramiento en la pareja al inicio, existe otro factor importante que determina la compulsión de la madre de Leonel, y es la creencia de que no puede encontrar un mejor prospecto, por su color de piel y estatus económico, lo cual evidencía el problema de racismo en México: “Y si sí es cierto que estás morena, pues ya te chingaste, te quedas abajo, para que te pisoteen, esa es la ley de la vida. Todo eso yo lo pensaba cuando me enojaba con Rafael, pero si no es con él, si no es aquí, ¿dónde?” (Navarro 50). Creer que existen leyes racistas imaginarias habla del lugar de origen de la voz narradora, que básicamente nos dice que está acostumbrada a que la humillen por su color de piel, porque “es la ley de la vida” (Navarro 50). La narrativa racista que se viene construyendo en el país desde hace tiempo, segrega a las personas en ambientes agresivos porque creen que eso merecen. Ser morena y pensar que, “si no es aquí, ¿dónde?” (Navarro 50), aunado a ser mujer percibida como “mujer carente” (Lagarde 367), si no tienes contigo a un hombre, determina negativamente la vida de la protagonista.

En la tercera parte de la obra, el personaje femenino hace una confesión en su monólogo interno, cuando la paranoia se apropia de su relato, por no saber del paradero de Leonel y va hasta una delegación sin saber qué decir, pero se imagina lo que quiere revelar y dice:

Que cuando yo salí de mi casa, aquella vez, sabía bien que Leonel vivía cerca porque yo había hecho sus paletas de cumpleaños. Y también quería decir que sabía que su mamá lo sacaba al parque todos los días, casi a la misma hora. Y que yo iba

de vez en cuando a verlos y pensaba que esa mujer podía ser yo y que en realidad yo podía ser todas las mujeres del mundo, nada mas que de todas, yo sólo quería ser mama. (Navarro 159)

Este giro en la historia nos hace saber que la acción del personaje femenino fue premeditada, no fue simplemente un impulso fortuito donde por casualidad se encontraron. El deseo de ser madre era tan desmesurado que acechaba a Daniel y a su madre para soñar con alcanzar la vida de todas las mujeres que podía ser. Pero de todos los destinos posibles, sólo quería uno en el que pudiera dejar de ser una mujer imperfecta e incompleta, para eliminar la culpa que en ella ya habitaba por ser una mujer madre fallida.

Conclusiones

El objetivo de esta tesis consistió en realizar un análisis hermenéutico de los personajes femeninos de la novela *Casas Vacías* (2019) de la autora mexicana Brenda Navarro, con el fin de revelar las características que se complejizan a través de los roles de género que las envuelven. Los símbolos, los rasgos lingüísticos y la personalidad de las protagonistas, que aquí se analizan, son una muestra de cómo las mujeres en la sociedad son convencidas por su entorno para alcanzar una serie de expectativas y mandatos femeninos/maternales que lejos de satisfacerlas, las limitan y ponen en un constante enfrentamiento entre el “deber ser” y su libre desarrollo, generando contradicciones incómodas que las llenan de culpas.

La novela, más allá de ser una gran obra debut que brilla por su calidad estilística y su propuesta rítmica en la prosa, es una crítica a la problemática de las desapariciones forzadas sin resolver en México y al mismo tiempo, al ideal romantizado de la maternidad, que borra a aquellas madres con pensamientos contrastantes a la dulzura inmaculada de la mujer madre perfecta, que jamás se arrepiente de la renuncia a su individualidad, y ve pasar las desigualdades genéricas con total sumisión y entrega por la familia.

Por tanto, mi propuesta interpretativa es que la madre de Daniel posee sentimientos hostiles y egoístas desde antes del nacimiento del hijo, por la decepción con la experiencia materna, al darse cuenta que implica una sucesión de renunciaciones consigo misma que su pareja no atraviesa. Además, se vuelve consciente de que convertirse en madre no diluye las diferencias con su pareja, ni les da las herramientas emocionales a ella ni a Fran, para formar una familia ideal. Aunado a ello, la violencia que atraviesa su espacio geográfico y

su historia en particular, la transforman en una “madre fallida” con un hijo desaparecido, lo que la introduce en una nueva categoría no conceptualizada, precisamente por la indolencia nacional y la normalización de las desapariciones. Sin embargo, la madre de Daniel, únicamente es una mujer que trasgrede el ideal materno con sus pensamientos agresivos, producto de la desilusión y la violencia que la embiste.

Por su parte, la madre de Leonel, es una mujer que ha sido expuesta a un ambiente conflictivo desde la niñez, pero también a la construcción de la maternidad como la creación de la familia, la solución de las dificultades conyugales y la resignificación de sus nociones maternas. Por ende, con los recursos psicosociales deficientes que posee, se decide por lograr su objetivo sin dimensionar el daño que ocasiona a todos los involucrados, incluyéndose. Este personaje femenino es una demostración de la consecuencia de exaltar un deseo implantado minuciosamente, al punto de caer en una suerte de locura femenina.

También propongo, que la metáfora de las casas vacías que lleva por título la obra, se refiere a las madres y a las abuelas, pues los síntomas de la culpa materna son históricos y se han desplegado al marco de las familias, generando una herida femenina que difícilmente será sanada con una nueva vida, sin antes generar un trabajo introspectivo individual.

Las trampas de los roles de género son la causa del arrepentimiento que sufren los personajes femeninos protagonistas. Si existiera una diversidad de perspectivas referentes a la maternidad, estas y muchas historias serían más libres y auténticas, sin la presión de las

expectativas preconstruidas que limitan la existencia femenina. Ser mujer no debe ser sinónimo de madre y madre no debe ser sinónimo de culpa y sufrimiento.

La hermenéutica analógica me sirvió de herramienta para detallar los símbolos y particularidades de la obra, y así profundizar en sus significados para la elaboración de mi interpretación. Gracias a ello pude reconocer las especificaciones que en una primera lectura se escapan de la vista, como lo son las cualidades de las casas como una representación del vacío materno, o la vestimenta de Daniel que delinea su naturaleza y la sombrilla de la madre raptora que describe su intención. Cabe resaltar que el elemento que cobra relevancia es el del zapatito del niño, pues confirma su muerte en el final abierto que deja la autora.

De igual importancia es la obra de Marcela Lagarde y Silvia Tubert, que me sirvieron para definir los conceptos sobre la maternidad y precisar el origen de los deseos y las inquietudes de los personajes femeninos, así como, a comprender por qué siguen vigentes hasta nuestros días y a qué esfera social favorecen estas construcciones. Por efecto de esto, pude vislumbrar una alternativa a la univocidad del ideal maternal, que encierra a las mujeres en las jaulas que describe la novela, y es la pluralidad de voces femeninas que retratan la realidad con la que se transita convertirse en madre.

Brenda Navarro ha creado una novela incisiva donde podemos dar fe de la existencia de otras voces femeninas, más crudas, más afiladas y más reales, porque la maternidad no se escapa de la contradicción y tampoco es una experiencia plana en la que no caben otros sentimientos además de los socialmente aceptables.

Bibliografía

- “Brenda Navarro”. EcuRed, 25 Jun. 2021, https://www.ecured.cu/index.php?title=Brenda_Navarro&action=history
- “Brenda Navarro”. Hablemos de Escritoras, 15 Ene. 2020, <https://www.hablemosescritoras.com/writers/37>
- “En Casas vacías, Brenda Navarro usa la maternidad para mostrar a los desaparecidos”. Colofon Revista Literaria, 13 Feb. 2020, https://www.colofonrevistaliteraria.com/brenda_navarro/
- Arévalo, Alejandra. “Brenda Navarro: Casas vacías y la literatura de la ausencia”. El Lector, Spotify, 5 Nov. 2019, <https://open.spotify.com/episode/6hZp20uhqbT8ULJmNS9HKn?si=131-zyu2T02wcmaEssqvPQ&nd=1&dlsi=ae90c82dccbc4b90>
- Beuchot, Mauricio. *Hermenéutica analógica, historicidad y filosofía*. Universidad Autónoma de Sinaloa, 2013.
- Chevalier, Jean y Gheerbrant, Alain. *Diccionario de los símbolos*. Traducido por Manuel Silvar y Arturo Rodríguez, Editorial Herder, 1986.
- De Lauretis, Teresa. “Technologies of gender. Essays on theory, film and fiction”. Macmillan Press, 1989.
- Dorantes, Adriana. “La condena de respirar: notas sobre Casas vacías de Brenda Navarro”. El Tecolote, 18 Dic. 2020, <https://losojosdeltecolote.com/opinion-casas-vacias-de-brenda-navarro/>
- Espinosa, Constanza Ternicier. "Huir la madre: maternidades desplazadas en Valeria Luiselli, Brenda Navarro, Gabriela Wiener y Daniela Alcívar." *Carto*

(corpo) grafías: nuevo reparto de las voces en la narrativa de autoras latinoamericanas del siglo XXI. Iberoamericana Vervuert, 2024.

Gigena, Daniel. "Brenda Navarro: No estoy interesada en hablar de mis experiencias, prefiero mil veces la ficción". La Nación, 3 Nov. 2023, <https://www.lanacion.com.ar/cultura/brenda-navarro-no-estoy-interesada-en-hablar-de-mis-experiencias-prefiero-mil-veces-la-ficcion-nid03112023/>

Gonzalez Luna Corvera, A. "Monstruos, putas o víctimas. La representación literaria de la mujer criminal en dos autoras mexicanas contemporáneas: Brenda Navarro y Norma Lazo." *Pensar la justicia con perspectiva di género*. Universidad Nacional Autónoma de México, 2023. 61-80.

Gutiérrez, Dalia. "Nacidas en los 80: ¡siete escritoras imperdibles!". Mural, 14 Nov. 2022, <https://www.mural.com.mx/nacidas-en-los-80-siete-escritoras-imperdibles/ar2503949>

Hernández, Ascensión Rivas. "Mujeres y Maternidades: Perspectivas En Casas Vacías, de Brenda Navarro." *Voces eclipsadas: expresiones disidentes y escrituras propias en los márgenes de la feminidad*. (2022): 127.

Juan, Carla María. "Maternidades disidentes en la narrativa mexicana actual: análisis de Casas vacías (2019) de Brenda Navarro y La hija única (2020) de Guadalupe Nettel." (2024).

Lagarde, Marcela. *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*. Siglo XXI Editores México, 2016.

Legrelle, Victoire. "Para una lectura sociocrítica de la maternidad en la literatura latinoamericana contemporánea. El juego con los estereotipos maternos en

Matáte amor (Ariana Harwicz, 2012), La perra (Pilar Quintana, 2019) y Casas vacías (Brenda Navarro, 2020).” Université de Liège, 2023.

Leonardo-Loayza, Richard. "Maternidad no normativa, violencia y desapariciones forzadas en Casas vacías de Brenda Navarro." *Desde el sur* 14.3 (2022).

Manrique, Winston. “*Brenda Navarro: Hay que combatir que a las autoras nos traten como vendedoras y a los lectores como clientes*”. WMagazín, 11 Ago. 2022, <https://wmagazin.com/brenda-navarro-hay-que-combatir-que-a-las-autoras-nos-traten-como-vendedoras-y-a-los-lectores-como-clientes/>

Manrique, Winston. “*Los 20 nuevos y mejores escritores mexicanos que cambian el panorama literario*”. WMagazine, 22 Ene. 2021, <https://wmagazin.com/relatos/los-20-nuevos-y-mejores-escritores-mexicanos-que-cambian-el-panorama-literario/#eduardo-ruiz-sosa>

Marín, Cándida Elizabeth Vivero. "Violencia inter e intragenérica en Casas vacías, de Brenda Navarro." 89.

Marqués, Juan. “*Brenda Navarro, el tormento perfecto de una primera novela perfecta*”. El Mundo, 18 Feb. 2020, <https://www.elmundo.es/cultura/laesferadepapel/2020/02/18/5e4597effc6c83226e8b458a.html>

Milenio. “*Brenda Navarro, autora del libro “Casas vacías” / en 15*”. YouTube, subido por Milenio, 1 Nov. 2019, <https://www.youtube.com/watch?v=6p4V7rfD7Qc&t=571s>

Núñez-Torrón, Andrea. "Des(aparecer) / Reseña de Casas vacías de Brenda Navarro". *Literaturbia*, 28 Mar. 2020,

<https://www.literaturbia.com/2020/03/28/casas-vacias-brenda-navarro/>

Oldano, Cesare Gaffurri. "Espacio, cuerpo y afecto en Casas vacías de Brenda Navarro." *Catedral Tomada: Revista de Crítica Literaria latinoamericana* 11.21 (2023): 35-61.

Oldano, Cesare Gaffurri. "Espacio, cuerpo y afecto en Casas vacías de Brenda Navarro." *Catedral Tomada: Revista de Crítica Literaria latinoamericana* 11.21 (2023): 35-61.

Ortega, Carmen María Gallardo. "Ideología de la maternidad en la literatura y la sociedad." *Amoxcalli, Revista de Teoría y Crítica de la Literatura Hispanoamericana* 6.12 (2023): 120-142.

Pacheco, Adriana. "Episodio 34: Brenda Navarro". *Hablemos Escritoras*, SoundCloud, 27 Ene. 2019, <https://soundcloud.com/hablemosescritoras/episodio-27-brenda-navarro>

Pliego, Roberto. "Brenda Navarro exhibe una visión desgarrada de la condición femenina". *Milenio*, 19 Jun. 2020,

<https://www.milenio.com/cultura/laberinto/casas-vacias-vision-desgarrada-condicion-femenina-critica>

Rodés, Andrea. "Brenda Navarro, narrar la experiencia de ser migrante mexicana en España". *Al Día*, 14 Abr. 2022, <https://aldianews.com/es/culture/libros-y-autores/ceniza-en-la-boca>

Rojas, Ana Luisa. "Violencia y maternidad en Casas vacías de Brenda Navarro." (2023).

Serbia, José María. *Diseño, muestreo y análisis en la investigación cualitativa*. Hologramática 4.7, 2007.

Serrano Seguro, José Antonio. "El comentario de textos literarios."

Shrader, Elizabeth, and Monserrat Sagot. *La ruta crítica que siguen las mujeres afectadas por la violencia intrafamiliar: protocolo de investigación*. Organización Panamericana de la Salud, 1998.

Subiela, Imanol. "Entrevista a Brenda Navarro". Página 12, 22 Oct. 2023, <https://www.pagina12.com.ar/599940-entrevista-a-brenda-navarro>

Tubert, Silvia. *Figuras de la madre, feminismos*. Madrid: Editorial Cátedra SA, 1996.